

Cartas a Ti y a Nadie



Alberto Peralta de Legarreta

2004 ® Alberto Peralta de Legarreta

La reproducción de esta obra se permite
bajo las condiciones establecidas por *Creative Commons*



Consulta la última página para conocer esta licencia.

**En portada: *Cartas a ti y a nadie*. Óleo sobre tela 22 X 30
cm. por Jagale, Gabriela Beltrán.**

Vieras, , que mi vida está hecha entre otras cosas de árboles caídos, que de esas noches inventadas no ha quedado nada, que de tanto estar contigo sin estarlo me he quedado seco. Suelo decir que la vida es triste, y lo digo ya, creo yo, de modo automático y sin reflexión. Porque todos esos momentos pasados de los que uno guarda detalles que parecen insignificantes se revuelven en lo profundo de mi cabeza pugnando por obtener un lugar en la memoria de lo que sí quiero recordar. Ríos, , mares y sombras de árboles centenarios, quietos y sin agitación como en esas viejas fotografías en las que ha quedado atrapado un segundo que habría deseado ser fugaz pero que fue hecho prisionero injustamente. Noches, también, que difícilmente puedo reconstruir con certeza; sólo quedan instantes, pedazos de instantes, revoltura de vientos, olores y destellos. A veces es una estrella que cae del cielo, a veces tan sólo una luciérnaga, a veces unas notas que perdieron su canción y parecen pedirme a gritos que las regrese a donde estaban, diciéndome que no son mías, que pertenecen a otros oídos y deben volver a ellos cuanto antes. Noches que empezaron húmedas al lado de cierto cuerpo y que terminaron secas con el calor de una sonrisa entornada y satisfecha.

Detalles todos ellos tan ciertos como esto que ahora invento, fragmentos en busca de paciencia, de curiosidad, de asombro desbordado, de devoción e ingenio. La vida, , no es sino un acertijo que siempre se trata de descifrar. Inventos que, a fuerza de ser

repetidos incesantemente, se hacen tan reales como este momento que se niega a desaparecer, se vuelven sólidos como tus manos sobre este libro y tu piel desnuda entibiando la mía en esta noche tan palpable, tan respirable e irreal. Sueño que a veces te he inventado. Siempre después de una noche profundamente seca.



... porque de tanto verse, de tanto tocarse, a nuestras almas se les ha olvidado que existimos. Se dejaron llevar por esa inmensa falta de palabras que suele ser el encontrarse y quedar perplejas, mudas de sorpresa y ciegas de admiración. Este olvido, , cuesta caro. Andan nuestros cuerpos deambulando sin sentido y sin rumbo, inánimes, sin dolor ni pena. Apenas la respiración parece poder recordarnos una función vital, aunque con poco éxito. Necio, sin saber ni pretender nada de este momento, ciego por decisión propia y presa de un viento al que decidí entregarme para ver a dónde me llevaba, , me poso sobre tu cuerpo herido con la ilusión de que habré de sanarlo. El silencio nos envuelve y maneja, haciéndonos cómplices. Qué breve es esta noche que he fabricado para ti, , qué efímera e injusta. Tarde o temprano deberé irme tras algunas palabras de rutina que me hagan sentir mejor. Partir será en realidad una huída que deje atrás grandes descubrimientos. También dejará soledades; una que me lleve para compartir y otra que te

deje a ti, para rumiar. Pues la noche dista mucho de llegar a su final luminoso.



Me hice el amor esta noche, , como si hubieras estado aquí. Duró poco como la niebla, como una persecución entre la niebla. Como una persecución entre la niebla con los ojos cerrados. Terminó con estos cuerpos rodando sobre la tierra, estremecida por el inmenso frío y el calor de la batalla. Aunque la luz era breve y ondulante, tibia y escapadiza, pude guiar mis uñas al frente de los dedos hasta sentir que aquel desgarre eran caricias. No podía engañarme. El sonido era simplemente música hecha de ruidos que resbalaban y emprendían el vuelo, eran quizás mariposas negras aterradas ante el fragor, notas huérfanas, alguna vez desechadas y ahora cautivas, deslizándose sobre esta piel corrediza e imantada, abierta y serena sin aliento o pensamiento. El líquido, , la humedad, eran tú a falta de ti. Me hice el amor yo solo al resguardo de los ojos que no quieren ver más. De pronto quise trasladar tu cuerpo, traducirlo en sombra, una que no estuviera a merced tuya o mía, una que me dejara suficientes recuerdos para después destrozarla en estas páginas que lees. Has estado aquí, repito, pues estas fibras hoy planas se han quedado con algo de ti. Algo que tiene necesidad de ser llenado y repleto, con indefensión, con un ansia difícil de describir. Llenar es algo que sólo puede hacerse con algo vacío. Faltarían demasiadas cosas para

creer en tu supuesto vacío, . Tal vez si no existieran estas páginas o mis restos sobre las sábanas, sería posible creerlo. Sin embargo, aquella especie de música extraviada y recuperada en las pieles del sueño, la luz verde que aún encerrada era capaz de dibujarte, no sabrían mentir. La luz tú me la regalaste y la música la hicimos aunque no estuvieras.

Apenas puedo creer que recuerdo lo que hice. El cansancio fue como un irse, como un perder el sentido sin oponer resistencia. Veo, , que la resistencia es inútil. Inútil como tratar de atravesar los mares montado en la fragilidad de una idea fija. Fija y omnisciente pero no palpable como tu cuerpo real. Imagino que es normal tener dudas y después ignorarlas cuando estorban. Presiento que hacerme el amor como lo hice no fue sino parte del sueño de alguien más, quizás tú, y que pronto habrá de despertar su involuntario autor. Siento y presiento; la noche vuelve a acercarse mientras vacío la tinta en esta página, el viento merodea metiéndote profundamente en sitios inaccesibles y blandos, prohibidos y reticentes. La caída de los párpados augura una fuga inminente de la razón, que envuelta en el trayecto por una ausencia irremediable, se deja vencer, convertida sólo en carne y deseo, para dejarme, , hacerte mía a pesar de lo lejana que estés. Sin marcha atrás.

*Tan ciegos mares
Envolviendo tus ojos
Sin que yo lo vea.*



Anoche tomé un libro, , y salí a leerlo mientras la tranquilidad me lo permitiera. Era ese tipo de calma hecha de viento helado azotándome la cara, única parte no cubierta de mi cuerpo aburrido y fuera de lugar. La lectura fue ágil aunque no de muchas páginas, , y de alguna manera pensé en reprochármelo, como si aquello fuera en realidad culpa mía y no del pasillo embaldosado, helado también, además de inhóspito, donde decidí sentarme. Alguna gente seguía pasando a mis espaldas, casi tan necia como yo, que bien podría haber sido tomado por un loco o tal vez un exiliado de su hogar. Esta última posibilidad me sonrió desde lo más profundo, quizás a manera de consuelo, y en silencio gritándome que pronto habría de volver a mi prisión. El libro pugnaba por caer de mis manos. Mis manos luchaban a su vez por saberse vivas, metidas como estaban en una inmovilidad fría y exasperante, deseosas del momento en que la página debiera ser cambiada para adquirir un mínimo de calor al estirarse los dedos. El cuerpo encogido, , casi como si supiera que estaba leyendo. Los brazos pegados al cuerpo, las rodillas flexionadas y los pies de puntas. Alrededor, algo de negrura rota por una lucecita impertinente, demandada por los vecinos aunque llegara un momento de la noche en que nadie la viera. ¿Sirve una luz si nadie la ve? ¿Existe una luz que nadie ve? A mis pies el pasto recobra su forma tras ser pisado sin querer; lo

hace tan bien que uno no sabe si tiene vida (vida que permita movimiento voluntario) o bien solamente es una vieja costumbre del entorno el volverlo a su posición original. Sufrí por entonces, , una especie de cansancio inevitable. El fluir de las letras y las palabras se volvía espaciado, informe, sin significado ni importancia. Sorprendí a mi boca en un bostezo y a mi ojo izquierdo despidiendo una lágrima bastante indecisa de caer, que terminó evaporada o reabsorbida, no lo sé. Decidí ponerme en pie y lo logré con una dificultad inaudita. En un principio las piernas se negaron a moverse, entumidas o revolucionarias. Pronto hubieron de rendirse. Los primeros pasos resultaron lastimosos, parecidos a los de un hombre metálico que además fuera capaz de sentir dolores en la espalda; un ser paradójicamente inútil pero a la vez sensible. Una vez de pie, el comienzo de los augurios. Sin comprenderlo bien, pero entendiendo, voltee al cielo como el suelo parecía pedírmelo. ¿Cuántas veces recordamos el cielo? El Cielo, no alguna imagen del cielo. Este cielo negro parecía estar caminando al ritmo de ese otro viento que se pasea por las alturas. Ese que sí tiene ritmo y rumbo definido y que pastorea las nubes con delicadeza unas veces, con feroz determinación otras. Era ese viento el duelo de aquella noche de hostil frío. Bajo su mando, varias nubes corrían devorando las raquílicas estrellas para después expulsarlas, teniendo el gran cuidado de dejarlas exactamente donde las habían hallado. Era el viento un déspota, un dictador infame de destinos cuyo comportamiento resulta incomprensible a los

terrestres, incapaces de recordar el cielo. Por un momento éste se precipitó en una absoluta calma. Las estrellas gritaban su asistencia con ese lenguaje extraño que solemos interpretar como parpadeos, y que sin embargo decía algo más. Tratando de poner un mínimo de atención, , supe de pronto, como una verdad absoluta, que algún día por venir no podría volver a verlas. La certeza vino a invadirme por completo, , pero no pude sentir miedo. La certeza de que quedaré ciego, y la incapacidad de prevenir el momento en que esta ausencia de luz sobrevenga. ¿Vendrá súbitamente, sin aviso, sin declaración? ¿O llegará, acaso, lenta e inmisericorde, arrastrando las penumbras silenciosamente, quebrando los alambres incandescentes de mis ojos uno por uno hasta verme condenado a la oscuridad absoluta? Mi cuerpo contuvo por si mismo el escalofrío que se acercaba. Los ojos, mis ojos, los que muchos dicen son tristes y melancólicos (como si supieran lo que es esta incorruptible melancolía) siguieron mirando estrellas, unas incluso que antes no habían descubierto. El viento, atroz unos segundos antes, sintió piedad de la noche y de aquel futuro ciego vigilante y dejó de acarrear sus vapores blancos y despeinados. Nuevamente, en el cielo esta vez, otro augurio pareció sacudirme. El suelo me reclamaba, y camino de regreso a casa, de forma impredecible, la luz se fue (¿Sabrá alguien a dónde va la luz cuando se va?) y creí adivinar el momento de mi ceguera. Me equivoqué. La luz trémula de la vela que hoy utilizo para escribir esto de noche, , garantiza que veo, hasta que un día el

apagón dure para siempre, el viento se detenga, las estrellas dejen de danzar y yo deba dictarte con parsimonia las cosas que quizás alguien más verá después impresas.



El mío es el llanto de un niño en el útero, , y apenas puedo dejar de imaginar cómo habrá de fluir, si como el aguacero torrencial que ahora azota las calles, o como el fino granizo que estalla en la ventana, tras la cual me resguardo a la luz de una vela. El mundo, las nubes, , dan vuelta y deseo imaginar que esta agua que cae tocará a alguien más. Pienso en agua desde que faltas, , tanto que a veces me siento completamente desierto. Ahora el cielo comienza a callarse, un poco menos pesado y revuelto. Ha quedado lodo en las calles, , un lodo que atrapa los pies y las manos. La humedad lo es todo y no hay manera de sentirse diferente. En el fluir de esta agua que me gusta viajera, pueden leerse los estragos de la distancia y el silencio. Casi es incomprensible; es un lenguaje que a nadie le gusta escuchar y pocos, los que nos negamos al olvido, podemos todavía leer. El alfabeto en que están escritos la distancia y el silencio está formado por infinitas cosas parecidas a las letras, sólo que su forma cambia de acuerdo al viento y a la manera que tienen de estallar sobre el suelo. Si una gota en la que se leía “miedo” se rompe en pedazos sobre un torrente, resulta en “paz”; si es absorbida por la arena

habremos de leerla como “olvido”. Los desiertos son, entonces, el pizarrón del olvido. Otras veces una gota puede ser leída sin que caiga. Nos habla de un camino aún interrumpido y abierto. Nos deja ver los rostros retratados en su movimiento. El camino puede estar, o pudo estar, nadie lo sabe, a la orilla de un Mar Medio y de color plúmbeo. Puede estar en un lugar donde un callejón se estrecha, frente a un bar cuyo portón está viejo y corroído. Quizás ni ventanas hay en ese lugar donde se hacina la gente, , pero esa gota puede haber adivinado que había allí unos ojos que debía llevarse. Tal vez en realidad, perdida en aquel camino al otro lado de dos mares, nada vio y es mi reticencia al olvido lo que me hace leerla mal. Porque esas letras o cosas parecidas a letras tienen infinitas lecturas. No buscan el engaño ni el espejismo. Esos están dentro y somos nosotros quienes lo leemos mal. Ahora las gotas, menos rabiosas, están cayendo sobre los ríos que antes eran calles. Hay, por tanto, una paz envolvente en la que se confunde el sonido de un parpadeo con el de un burbujear. Nado, , sin conseguir desplazarme a ninguna parte. Siento mis ojos pero no soy capaz de abrirlos. Creo que no quiero. De mis ranuras apretadas fluye algo parecido al mar. La barrera invisible que me atrapa es solamente un muro de distancia y silencio enloquecedor. La paz se ha ido, no puedo leer ya y este desierto se seca más y más con cada gota de llanto que dejo ir, lejos de mi.



Con la noche auestas, , siento que poco a poco los hilos se van rompiendo, dejándome al borde de la caída. Leer de decisiones tomadas por alguien más me ha llenado de cansancio. Inútilmente me había librado de otros pesos, , porque ahora es el terror el que me guía. Voltear y no hallar rastros propios que antes estaban acompañados ha sido un violento embarque a una luna desértica de desesperación. La llama amarga, , se balancea al compás de mi respiración. Hay una especie de cataclismo esperándola. ¿Quién podrá escapar a las llamas, ? ¿De qué están hechos los cuerpos que no pueden verse, que no nadan a través del mundo, del agua infinita, para encontrarse? ¿De qué tratan esas palabras que no pueden decirse, por hallarse exhaustos? ¿Es acaso la necesidad de oír algo, aunque sea un lamento, lo que nos precipita insatisfechos a la venganza irreflexiva del olvido? Bien podría ser, , pues con la noche auestas me cuesta explicarlo de otro modo. Imagino gente dormida, incapaz de saber que se escribe de ellos. Gente arropada por espejismos y verdades que en otro lado podríamos confundir. La noche ajena es una carga incomprensiblemente trágica. ¿Habrà quien la descifre? ¿Quien la componga, como sobre un pentagrama o una hoja arrugada? ¿Habrà, , alguien que no se sienta compelido a llenar los espacios que no entiende, creyendo que con ello protege o comprende mejor a quien la posee? Los hay. Son generalmente presos de otras realidades que ahora cuestionan. Quisieran pasar sus noches en otras noches sin atreverse a dar un paso. De esta forma que ellos

también ven trágica, pasan sus días y se niegan a aceptarlo; por dentro luchan, cargan dos o más noches buscando la alquimia que les permita hacerlas engranar o mezclarse y obtienen solamente pedazos de noche que no pueden completar. Se hacen los fuertes y respiran esos trozos profundamente hasta estar convencidos de su éxito. Creen haber logrado el milagro pero sólo han logrado romper uno más de sus hilos, exhausto de tanto peso. Cada vez están más cerca de la lejanía del fondo. De un infierno escrito y descrito por y para ellos mismos. La noche ajena, , sin embargo, no es culpable más que de haberse dejado ver.



Pierdo el don de adivinarte, , y desespero. Apenas puedo creer ya en la divinidad, aunque sepa que en algún lugar que no conozco, entre ojos con más suerte que los míos, caminas despacio con las manos vacías y la cabeza montada en un recuerdo muy lejano pero vivo. Dios no debe ser otra cosa que un recuerdo enganchado a nuestra persistencia. Dios, borroso, se pasea sin saberlo al otro lado del mundo entre templos que lo buscan inútilmente en el cielo, entre callejones donde alguien ha amarrado perros que quizás sean los únicos en darse cuenta. Este recuerdo que no muere sabe que sus pasos no serán realmente escuchados, sino sólo adivinados. Pues divinos son. Trato de no olvidarlos aunque el silencio sea un enemigo tan invencible. Dios visita las playas de ese mar,

, con pies descalzos y un grito ahogado entre sus labios. Ese grito querría decir un nombre y no es un lamento. Es como una ventana de la que penden objetos sin relación, pero es pura apariencia. Dios es por quien se vive y por quien se debería morir. Dios es un intento, una piel que nadie más ha tocado, que nunca alguien más sintió vibrar ni estremecerse bajo los influjos de una invasión de carne que quería ser como él. Sólo por adivinarlo, porque divino es.



... porque de tanto no verse, de tanto no escucharse, nuestras almas han comenzado a medir el olvido por medio de agujeros en la noche de la memoria. Paso mis horas en un continuo aguzar el oído, en un dejar de palpar de la piel que me deja sentir el momento en que tus dedos hagan vibrar a distancia, y como por arte de una magia que no puede ser sino satelital, esta cosa reducida e inútil que alojo en el bolsillo como si fuera una extraña especie de esperanza. Trato de volar, de navegar y cruzar esos mares hasta alcanzar el recuerdo de una fotografía tomada por quién sabe quién. Pero no puedo, , pues es como si mis alas no fueran a desplegarse nunca más. Las ata al suelo una suerte de prohibición, una promesa que hace días he querido romper y he roto, sin respuesta. Si esto que tengo no fuera la conocida ausencia de sueños, , si de mi no fuera dueña esta cobardía terrible, quizás pudiera respirar tu respiración y percibir

los sueños que se pasean a tu alrededor. Pero esto que tengo aquí es sólo una mesa y una nostalgia que se niega a apagarse. Es una ausencia de música, un vacío de carne, un precipicio de deseos a medias cumplidos. He dejado de visitar los parques y de mirar la luna. Quién sabe si ella, _____, será la misma que vela por mí tus pasos. Tengo miedo de descubrir que eso también es una mentira, que es una vil desgracia, que de ilusión le queda muy poco. El mundo que he inventado, _____, está dejando de ser cierto. Este hueco ya no lo contiene. Está entretejido con un alma lejana. Tengo pasos cansados, a veces errantes; abren puertas y ventanas y lamentan el frío. Sienten un encierro sin misericordia. Mis ojos querrían rodar a probar la lluvia que sacude los callejones, pero no se lo permito. Si no hablo, _____, si no comparto, soy solamente una piedra estática en la noche de la memoria. Una memoria que por no cerrarse ahora arde, calcina. Mutila y desgarras. La voz de la gente, tu voz, _____, es la primera víctima. No hay espacio para ella en el recuerdo. Este tiempo de imágenes te ha hecho muda, _____, aunque no quieras.



Una muerte se acerca. Reconocerla parece inútil. ¿Es la muerte completa? ¿Quiere sólo robar las construcciones de la imaginación, del anhelo? Los árboles parecen estar seguros de ello. Cada día es más difícil hablarles o pedirles su protección. Es una muerte lenta. Sonriente. Cautivadora y repulsiva. Alimenta las horas de ronda con

recuerdos que uno va dejando en el camino. Espero de ella, inútilmente, unas palabras. Sólo sabe mirar. Se interna en mi cabeza de forma intermitente, enciende las velas de las cosas pasadas que aún siguen siendo. Derrama la cera en lo más querido, en lo más lejano, para mantenerlas vivas a base de dolor. Las velas dudan, antes pensadas para acompañar cuerpos sobre la cama. Se vuelcan apaciblemente, sin extinción posible, avivadas por un viento despiadado. Pensar en que dos mares puedan apagarlas no tiene sentido. Parecen hacer el milagro de convertir agua en algo combustible, y sus resultados son tan profundos como inabarcables. Una muerte que para acabarme vive de lo que de ti he guardado, , no es sino un milagro.



A la orilla de un bosque devastado por la niebla, vive un duende estúpido del que nadie se acuerda. Tiene a su lado pilas de libros y libretas. Se pasea continuamente con una pluma en la mano. Es un duende poderoso, , pero sin fuerzas. Suele retratar los atardeceres para después contarlos, escribirlos, darles vida de nuevo. Se siente acechado por la noche y tiene tendida una red de trampas que lo hacen sentir seguro. El halo de su soledad sacude las montañas lejanas. Él las ha subido todas, empecinado en encontrar lo que no conoce. Mira a todos lados haciendo de la noche una vigilia que lo tiene exhausto. Es también por la noche que una magia lo envuelve. No puede

sentirla; está ciego y no la adivina, no la sospecha siquiera. Vive cómodo y se siente suficiente. Lamenta todo aunque solamente sean mentiras. Antes vivió en los parques, entre la gente. Robaba miradas y lágrimas, , que hoy conserva sin sentido. Un día alguien más lo encontrará despierto, aunque inerte, a un lado de su bosque inexplorado. Llorando una eternidad insospechada.



Tiene que haber una cura, , un remedio para el abandono. Llegué a pensar en que caminar, recorrer las calles sin fijar la mirada en ninguna parte, con la mente lo más en blanco posible, podría llevárselo lejos, a donde ya nadie pudiera sufrir. En el camino miles de almas discurren; les envidio sin tener claro que dirigen sus pasos y no están extraviadas. Un aburrido e infame libro debía ser mi aliado en el transporte. Lo cerré en cuanto me fue posible. Algunas personas son como los libros malos. Sólo puede ofrecérseles sesenta páginas como oportunidad para marcar la diferencia entre dejarlos o llevarlos a las últimas consecuencias. Me gusta creer que he pasado las sesenta páginas, pero ya ves. Como el libro, me he cerrado. No temo lo que pueda encontrar más adelante. Lo que temo es cambiar de libro. No éste que hoy cerré por última vez. Ese no tendrá vuelta ni me interesa saberle el final. Mi libro se ha quedado abierto, suspenso, receloso, con miedo. Mares de tinta. ¿Estará ahí tu personaje cuando pase la página? ¿Será como lo recuerdo, , vivo y

lleno de realidad? Los pasos vacíos de hoy me han mostrado la necesidad de seguir leyendo. Tiemblo con la sola posibilidad de poner mi dedo húmedo en esta última página leída. Es un momento de oscuridad bajo unas nubes amenazantes. Estoy cierto de que una tormenta se aproxima y tengo la esperanza de que me lave los ojos, que me abra los ojos, que haga temblar mis huesos y me permita dar con la ansiada respuesta: ¿Estarás ahí todavía? Y si estás ¿Podremos retomar de nuevo (sí, de nuevo) el hilo conductor de esta trama llena de angustia? Cuántas horas, cuántos días y meses que comienzan a parecerse a un año. Una enfermedad que me corroe. El respeto al silencio no se me da. Por eso callo yo mismo, sin que eso signifique que por dentro no deseo gritarte, como si pudieras oírme. Nadie notará que otra alma grita. ¿Será el despertar, el pasar la página, la cura que no encuentro?



Una conclusión lógica quizás nada tenga que ver con la verdad, , pero sí con la paz en esta tempestad. Hablar de lágrimas y mares. Pienso que lo he hecho antes. Sólo que no lo recuerdo. He dicho cosas acerca de los mares en la Luna y he hablado hasta el hastío de los mares terrestres. Si fueran una barrera, ¿Por qué hay quien los cruza? Si son un abismo, ¿Por qué hay quien los sobrevuela? Los mares son uniones entre tierras y almas. Entre orillas y pensamientos. Estos dos mares que ahora se precipitan en mi cabeza saben a algo que no consigo

descifrar. Pero son innegables. Tan innegables como este tercero del que parezco un descubridor. Este que a pedazos diminutos se desborda por estos dos agujeros de carne que consideraban haber visto casi todo. Hoy se ahogan aunque trato de salvarlos. Las lágrimas son difíciles de reprimir, y me pregunto si hay que hacerlo. Si los ojos fueran la prisión de las lágrimas ¿Cómo hacen para salir de todos modos? ¿Qué clase de seguridad reina en ellos? No lo son. Los ojos, como los mares, son espejos salados de la tristeza. Viven por si mismos, se manejan solos con una voluntad que nos sobrepasa. Nos avisan de cosas que no pudimos prever, nos hablan de tiempos que o no nos ha correspondido vivir o que guardamos en lagunas secretas, inhóspitas e inaccesibles de la memoria. Tal vez hasta lloro dormido. Cuando no me doy cuenta o no me puedo reprochar, por no recordarlo. Las almohadas del mundo son represas para millones de mares profundos y salados. Mares que nadie verá, que nadie extrañará. No quedará de ellos ni la huella, como pudo suceder en la Luna, donde incluso hay uno llamado *Tranquilidad*. Nuestros mares guardados son como tierras aún por ser descubiertas. Puede que sean la paz, una paz tempestuosa e inmensa. Abrirles las compuertas representa desahogo. Podemos secarnos llorando, pero entonces no seremos más que desiertos. Arena y piedras, nuevos precipicios, llanuras que agotan el poder de la mirada. En el polvo se revuelcan sin esperanza millones de pensamientos a la espera de una nueva inundación, y antes del siguiente desagüe. Lloro, , para no ahogarme, pero estas lágrimas están lejos

de agotar sus fuentes. Llora en silencio y en soledad, como tratando de ahorrarme algo. Como si la creación de mares fuera una vergüenza, una lástima. De estos tres mares sólo a uno le veo orilla. Las otras, en los confines del mundo, sólo puedo imaginarlas. Hacia ellas fluyen ríos eternos y sin respuesta, pacíficos, turbulentos. Fluir, , parece ser su destino. Somos mares que terminarán mezclándose en un tiempo que nadie puede calcular. Somos venas abiertas de las que brotan nuevas sales. Mares rojos como los de una Luna temprana y polvorienta. Cosas que uno dice sin sentido y que simplemente se desparrraman, ajenas al control. Las lágrimas como las palabras viven efímeramente y son el tiempo y la distancia lo que se encarga de volverlas al cauce. ¿Quién habrá llorado los mares? Alguien que no supo calcular, que no pudo evitarlo. Quizás intuyó la desgracia de millones. Tal vez solamente la de dos, que lloran tratando de sobrevivir, uno en cada lado de tres mares. Soñé ser un dios, pero no de esta manera.



La vida de un cerillo es una oportunidad para ver una esfera de luz en la negrura. Puede que sea la única. Puede que venga un viento cruzado y nos la extinga. Puede que una gota exhausta de estar colgando tenga el tino de apagarlo. Su vida pende del aire y de un trozo finito de madera o papel encerado. Se retorcerá mientras pueda, mientras le alcance la vida. O le alcance la muerte. O

mientras no cause daño, o mientras sea capaz de mostrarle a alguien la salida. La esfera de infinitos lados vibrantes y temblorosa fe puede ofrecer el aliento de la vida mientras ve escaparse la suya. En un recoveco del camino puede titubear o simplemente afianzarse en busca de la supervivencia. Qué inútil parece la vida de un cerillo. Entre tantos peligros puede parecer frágil; encendida, su luz nos dejará vernos las manos, y con suerte mostrará algo semejante a nuestro rostro a alguien más. Único calor en un infierno helado que se ha propuesto borrarlos. Una llama breve y cristalina. Inocente y esperanzada. Estaba escondida pero ha vuelto a la vida. Estaba muerta y da la vida. Aunque sea, , como esta página, nos ofrece un momento para no pensar en nada de utilidad, o en nada verdaderamente estúpido.



Puede llegar a suceder que se terminen las palabras, , y entonces el ir y venir de cartas, de palabras que cruzan el mundo colgadas de alambres invisibles e instantáneos, se detenga o por lo menos se vaya apagando lentamente. Es triste amanecer sabiendo que nada se escribirá, que nada recibirás. Las palabras comienzan a salir, pausadas y telegráficamente, escuetas, sin contexto ni fuerza. Quién sabe qué será mejor, si dejarlas fluir de esa manera o simplemente callarlas. Los días terminan y amanecen con cosas qué contar. Pero al terminarse, en realidad lo que pasa es que las palabras prefieren quedarse

guardadas. Pronto será inútil la visita a apartados postales, predeciblemente vacíos. Una vida hecha de palabras que nadie escucha porque nadie se atreve a decir. Creo, , que por primera vez puedo entender el silencio. Quizás no su contenido, pero sí sus causas. Las palabras muchas veces contienen promesas o cosas parecidas que con algo de suerte no cumpliremos. Esa es su terrible suerte, tan parecida a la de las que nunca alcanzan a salir, quietas, inmovilizadas por la prudencia o por el conocimiento de sus implicaciones. Creo entender, , por qué callamos de repente. Es como morir un poco.



Voz. Es difícil creer que muchas veces lo único que hace falta es escuchar una voz. En la mitad del vacío mutuo la salvación puede estar escondida en una voz, aunque sea muy lejana. Si al menos se pudiera memorizar la voz. Estoy seguro que las noches serían más apacibles y con menos vueltas. Porque hasta donde es posible saber, no existen dificultades para recordar olores, texturas, sabores y rostros. La voz es algo que necesita ser reforzado de tiempo en tiempo, pues de no hacerlo cada día será más difícil recordarla. Con el paso del tiempo, , de la voz sólo van quedando frases incompletas en la memoria. Pedazos de pláticas que se pueden emular fingiendo el tono, la inflexión y el ánimo. Pero son sólo pequeños trozos que no son la voz entera. Si se le descuida, en poco

tiempo la voz se convertirá solamente en palabras. Recordar palabras tampoco es difícil; es tan fácil como recordar quién y quizás cuándo las dijo. La voz nuestra memoria la va haciendo a un lado y apenas nos es dado creer lo mucho que se parece al dolor. Frescos, en la memoria, tenemos aquellos momentos que nos causaron dolor: caídas, golpes, heridas, pérdidas. La memoria los mantiene vivos por razones de su propia supervivencia, pero una cosa es siempre clara: la memoria es incapaz de recordar el dolor. Puede tener claro que algo en el pasado fue doloroso, pero no hace que volvamos a experimentar el dolor físico al recordarlo. El dolor, , como la voz, parecen ser algo que olvidamos por necesidad. Quizás no debamos vivir atados a ellos, y tal vez por eso a veces este silencio resulta curativo, tan sorprendentemente falto de culpa. La conclusión, , es que la voz lejana duele demasiado. Tanto como para aliviar una adicción al teléfono, al correo, y mucho me temo, al recuerdo.

*Solo, sin tu voz
Antes acariciada
Vivo vacío*



En este momento lo único a lo que le temo es al tiempo. Minutos, días y meses han venido arrastrándose detenidamente, a veces como si supieran que tienen un límite esperándolos en alguna parte. Al tiempo algo lo espera. Al tiempo tirano algo lo tiraniza. Se nota en el

ritmo descompasado con el que suele moverse, dándonos la ilusión de la relatividad, donde tener miedo del tiempo parece ser algo nuevo. Tuve en el pasado miedo a los estragos del tiempo, al crecer sin control, a familiarizarme con las arrugas, al cansancio cada día más notorio y desafortunadamente más normal. Será que esta normalidad de ser embestido por el tiempo convierte con un poco de conciencia en miedo al tiempo mismo. A que simplemente pase, , y nos desconozca. A que vuele y nos deje irremediabilmente en tierra. Tengo miedo del tiempo porque han dejado de importarme sus huellas, porque sé que aunque habrá de cambiarme y aniquilarme con lentitud artística, nada podrá arrebatarme de lo que pienso. Quisiera estar seguro de que para todos es igual, , y que el tiempo no es sólo un barco que parte dejándonos en un puerto, listos para un viaje que deseábamos tanto emprender. Este temer al tiempo es semejante a la angustia causada por la espera de un ataque de las bestias, patente pero desconocida. ¿Estamos montados, , en el mismo tiempo? Mi miedo incluye la posibilidad de que sólo se hayan cruzado nuestros tiempos por accidente, heredándonos la impresión de que podíamos traspasarnos sin castigo. Mi temor incluye también haber jugado a imaginar que mi tiempo tenía el rumbo que yo fijaba. Hoy este miedo que difícilmente puedo explicar está comiéndome mientras trato de encontrarle un sentido. Qué larga la espera. Qué poco comprensible es el tiempo ajeno.



Intuyo que bajo esta lluvia torrencial que agoniza había un mundo frustrado con la necesidad de ver expiadas, lavadas, sus penas y faltas. Lo catastrófico de cada alarido luminoso del cielo parece gritarnos, , lo pequeños e inútiles que nos hemos vuelto con el tiempo. Lo lejanos y secos que preferimos ser y estar. Pienso en la lluvia como el lenguaje propio de dos mundos aparte que se han distanciado para no volverse a tocar y que sólo bañados por un impacto cegador habrán de recordarse de nuevo. El agua se precipita de la misma forma en ambos hemisferios para alimentar las ansias de seguir hablando, pero sabe que las débiles voces apenas podrán entenderse, enmudecidas por los truenos y ciegas a las palabras trazadas en el cielo por los relámpagos. En el suelo despertamos, , lentamente invadidos por la desmemoria y la limpieza súbita de nuestro seco acervo de sueños. En el cielo un aire eléctrico ha encendido brevemente el neón del olvido, dejándonos irreconocibles a pesar de nuestros ojos abiertos. Nos quedan tal vez los dedos, que sin éxito parecen querer leer el Braille de una mugre que ha escurrido de estas pieles forzadas e impotentes. El silencio detrás de la lluvia lo dice todo. El camino despejado nos depara polvo y mugre de otras latitudes.



En un instante fugaz la noche los devoró por completo. Ella, escondida en unos brazos que habrían de irse, y él aferrado a sus minutos restantes. Los alientos, sostenidos por una telaraña casi invisible, hacían que el balanceo fuera indescriptiblemente dulce. Estaban tan cerca, , como dos cuerpos pueden estarlo al compartir latidos y temores. Estaban tan lejos, , como pueden estarlo dos miradas, una y otra de su lado de la muralla. En el vaivén apenas se decían palabras. Él fingía no oírlas recargado en su pecho hermosamente herido; ella las esperaba como su último acto sobre la tierra. Los dos habrían podido estar muertos sin notarlo, pero no existiría alguna diferencia, porque en ese abrazo, en esos abrazos fugaces, el mundo afuera estaba muerto de abatimiento, destruido, derrumbado y expectante. Ella lo cuidaba al ser cuidada; nadie en ninguna parte sabía el peligro que ambos desafiaban. La noche, el final del tiempo, estuvieron cada segundo al acecho. En el cielo la Luna, que es otra mentira, transitaba fotografiando nubes en busca de asomarse a aquella habitación. Es poco probable que lo haya logrado, pues de otra manera se habría apagado de miseria o envidia. Dos cuerpos captores de sombras se mecían fundidos eternamente. Hasta el tiempo de aquella eternidad minúscula los separaba.



Zigzagueando y sin cadencia, el camino se tiende temeroso bajo mis pies con ansias o quizás con miedo a

ser descubierto. Es un camino pedregoso y corroído, apenas visible entre la maleza que anuncia el principio de una montaña de bronce o de cobre. Es el atardecer y el sol se derrumba descuartizando nubes y pájaros descuidados. La pendiente inicia, , como un reto a mis menguadas fuerzas. A mis espaldas, la bifurcación de un sendero se confunde entre casas miserables. Es una ruta que he recorrido muchas veces antes aunque hoy parezca tan diferente. Voy en busca de algo que ya he visto pero apenas recuerdo; una cueva, un refugio de piedra para este cansancio tan activo. Mis pasos comienzan a elevarme lentamente. En el sendero parezco reconocerte en todo. ¿Será que sin saberlo has estado aquí? Lo que antes era carne hoy no es sino piedra, y lo que fuera humedad aquí es sólo pedazos de cristal quebrado que fuera vida en otros tiempos. Debo hablar en pasado en medio de estos arbustos que reencuentro, , aunque no me acostumbro. Volteo y veo los estertores de un sol naranja que viola salvajemente a la tierra del horizonte. Allá, donde viven quienes ni me imaginan, algo arde como mi deseo de encontrarte. Una pared de roca intenta sin éxito detenerme. La rodeo con calma y sin enfrentarla. Una serpiente se anuncia, molesta por la intromisión, y ni siquiera la veo. Supongo, en ese momento de locura, que es el mismo camino ondulante el que se ha quejado. Algo sin embargo me obliga a seguir subiendo. Ahora son árboles de ramas tendidas los que me rodean. Están por todas partes, simplemente vigilantes, con ojos descortezados y pieles angustiosamente crujientes. No

hacen más que murmurar ese nombre que han percibido en mi respiración, , y que parece invadir cada espacio. Veo frutos entre las hojas secas, enredaderas sedientas por las que transitan infinitas filas de hormigas negras que han talado el cerro de forma imperceptible. Bajo la sombra, las piedras que debían arder están aquí cubiertas de verdor. Mis pasos las perturban. Mi rastro y su ruido las ponen alerta y sus voces son gritos de advertencia. En una encrucijada, tomo uno de los tres senderos, el izquierdo, el de la muerte siempre presente. Se me ha concedido pasar. La vereda sigue subiendo al reencuentro del polvo y del abandono. Nuevamente la pared de piedra se hace a un lado, sabiéndose burlada, y acaricio su forma al pasar. Adelante me tiende una escalera labrada a su pesar por manos arcaicas y la pendiente abre sus brazos, conquistada. El precipicio es el último obstáculo y debo librarlo pegando mi espalda a las paredes. Diez pasos laterales, no muy cuidadosos, son suficientes para alcanzar el piso del refugio. Es una mordida en el cerro, inflingida por una extinta raza de gigantes devoradores de hombres. El suelo estuvo cubierto de grabados hoy indescifrables. Hay entre ellos un laberinto y pequeños puntos que parecen constelaciones hoy desaparecidas. Es la cueva una boca de la tierra, que abajo se pierde en la oscuridad. Hoy un pueblo se desparrama en el valle y su escándalo es aquí meramente un murmullo. Hay campanadas que cruzan el viento, fuegos que a la distancia son nada más columnas de humo. La tarde ha azotado sus cortinas cediéndole paso a las

estrellas y a las fieras nocturnas. Puedo ver que esto sucede mientras me siento sobre los jeroglíficos, , y por un momento creo comprenderlo todo. Ni subiendo montañas habré de verte. Algunas plantas se han doblado para echarse a dormir y siento que es momento de encender un fuego. Uno que pueda ser visto por todo el mundo, incluyéndote, mas desisto; los habitantes de esta penumbra no me lo perdonarían. Me parece haberlos visto mientras subía y sé que ahora rondan a mis espaldas. En los hoyos del piso encajan los dedos de una mano con precisión. El laberinto espiral bien puede estar girando, y es por eso que escucho este crujir de la tierra. Miro al techo del refugio para ver si se está cerrando sobre mi o ha decidido no devorarme. Todo esto es tan real aun sin ti, como estas sombras que me toman por los brazos y me levantan para decirme que debo volver. Son sin duda hijos de esa Luna que se asoma sigilosamente entre los riscos. Mi despertar es cristalino y tenue. Te he construido y las piezas son parte de ese camino mío.



Cuando era niño diseñaba aviones. Cuando era joven diseñaba porvenires. Hoy, , diseño escapes que difícilmente pongo en práctica. Estoy preso de mi mismo y lo peor es que parezco disfrutarlo. Los aviones eran para volar, pero no volaban. Estaban hechos de pequeños palitos escrupulosamente cortados y las alas estaban forradas de papel delgado que luego cubría con un barniz

transparente. Se parecían mucho a los aviones verdaderos, pero eran pesados incluso para el viento. Eran aviones de mano, cabían entre mis dedos de uñas devoradas. Hubo una vez un biplano que copié de la caja de un modelo para armar. Pero no volaba. No habría piloto capaz de levantarlo ni hermanos Wright que lo mejoraran. Su misión consistía en permanecer en tierra o en una pista de aterrizaje que en realidad era una repisa. Su fuselaje era cuadrado y su timón insuficiente. Mis aviones carecían de insignias y no pertenecían a nadie. Les inventaba batallas y planes de vuelo, pero no se los comunicaba. Era un poco como ser joven y plantear posibilidades que sin fuerzas o medios eran sólo sueños. Sueños que por cierto desde entonces no recuerdo y que después tuvieron matices de música, de viajes y lugares desconocidos. Algunos, , fueron llevados a cabo y otros siguen anclados en la tierra con gran firmeza. Pudieran constituir un escape pero les he negado las alas, me he prohibido la licencia de vuelo. Me da risa descubrir que en este tiempo poco o nada ha cambiado.



Sangro, y un sueño extraño amenaza con invadirme sumido en la lentitud de las horas. Las imágenes transcurren por detrás de mis ojos cegados por el asombro, por una incredulidad devastadora. El flujo tiene algo de atrayente, algo de dignificante, algo de apacible. Someto a estudio, , ese pedazo líquido de mi que

desea la individualidad desplegándose sobre las baldosas, cubriéndolas protectoramente. El análisis indica que sigue vivo mientras yo me consumo. Su pausado avance es el palpar que en mi pecho se agota. Descubro que estaba en verdad hecho de mares tibios y densos, brillantes y sujetos a la marea de mi contenedor de piel y huesos. La sangre, _____, ha aprendido también que este nuevo rumbo de las cosas no llevará a ninguna parte. Saliendo apresuradamente de aquella tubería viva lucha en este momento por reencontrar un cauce lógico, un refugio que lo prepare para esta luz que antes era oscuridad total. Mientras me vacío, el sueño va tomando forma, llevándome sin ataduras a una prisión inmensa que sólo puede ser comparable a la inmensa distancia causada por un silencio que a mi pesar aprendí a disfrutar. Sangre y sueño se extinguen a un mismo tiempo. De mi pecho sin fuerza, _____, se escapa un silbido que buscaba ser palabra. Era un adiós, un ruego de que vieras en este desaparecer la muerte lenta que yo había escogido para vivir.



Quisiera saber alguna vez a dónde se va la luz cuando se va. No es que me importe mucho, creo que es simple curiosidad que me gusta llamar científica. Porque la luz se ha convertido en una moderna droga a la que todos somos adictos. Como si fuera responsable del movimiento de nuestros cuerpos, la falta de luz nos enfurece y nos torna

en seres inútiles. La resignación nunca es suficiente durante el viaje de huída que la luz realiza cuando se va. Quién sabe si mientras la insultamos la luz recorra infinitamente el mundo. Quién podría decirme si la luz escapa de los cables y los focos y las bujías y las máquinas para fusionarse con esa semejante suya que suele flotar en el ambiente sin obstáculos. De ser así, , quién me explica también cómo encuentra la luz su camino de vuelta, cómo es que regresa a los contactos sin necesidad de rendir cuentas por su ausencia, cómo se dispone, tras haber probado la libertad de movimiento, a trabajar para quien la ha esclavizado. Suelo pensar que la luz se va porque es capaz de realizar sus sueños, y que ese lugar al que huye no lo habremos de ver por más que nos sintamos iluminados.



Volvieron mis pasos sobre ese otro sendero porque tenía la necesidad de no escuchar absolutamente nada por algunas horas. Tuve suerte porque estuve solo con las botas sobre un pavimento descascarado y normalmente árido, pero hoy completamente verde y lleno de movimiento. A mi alrededor, , no pude encontrar el silencio esperado, porque sobre cada hoja verde interpuesta en mi camino había ojos mirándome con extrañeza. Miríadas de ojos montados en cabezas verdes y negras seguidas de alas o patas aserradas (¿Qué habrá más, ojos u hojas?). Cientos de miles de gotas brillantes me

reflejaron y su escurrir era como el murmullo de un arroyo lejano, tal vez inalcanzable. Caminé lentamente y tambaleándome mientras la senda se iba haciendo cada vez más estrecha, dominada por las ramas de árboles y arbustos resucitados. A mi derecha, en un recodo del camino visto cien veces antes, la oscuridad reinaba, únicamente dominada por lianas que dejaban ver una oquedad, la entrada a un lugar que se me antojó perdido. La penumbra, , era como un llamado nuevo, una especie de atracción difícil de resistir. Abandoné el camino sin dudarle un instante. Las rocas quebradas por siglos estaban cubiertas de humedad, acentuando su negrura surcadas por olas hace mucho solidificadas. Ahí pude encontrar finalmente el silencio que tanto esperaba. Escondido entre los recovecos y las raíces, entre el musgo y la tierra suelta, el silencio se arrastraba sigilosamente, celoso de ser rastreado. Seguí sus pasos a través de ranuras, subidas y pequeños precipicios conectados con el alma de esa tierra milenaria. Se trataba de un silencio esquivo, quizás temeroso de ser escuchado. La oscuridad se abría paso en la entrada de la cueva, que abrió sus fauces para comerme, aunque su lentitud no se lo permitiera. Aquel silencio, pensé, se había perdido como yo y respiraba ansiosamente detrás de los helechos. Por un momento perdí el rumbo, la seguridad del camino abandonado, pero el deseo de encontrar al silencio forzó mi paso entre los desfiladeros que, llenos de aristas y burbujas reventadas, me indicaban el rumbo. El silencio había dejado huellas de su paso por ese lugar. Sentí por momentos que se iba

desangrando a causa de una herida en aquel terreno resbaladizo, y tras subir y cruzar dos afilados peñascos, finalmente me vi envuelto en él. Una olla de piedra, de paredes elevadas e infranqueables, sin retorno, fue el lugar donde lo hice mío. El murmullo del camino se consumía en aquella prisión y ni el estruendo de las rocas apiladas en la pirámide cercana era perceptible. Tampoco vinieron a nosotros las voces del pasado. No fui capaz de escucharme ni a mi mismo, porque me sentí enterrado en la más profunda paz y serenidad. El silencio, temeroso y mimético, se hallaba pegado a la muralla de piedra volcánica, dispersándose entre los agujeros para escapar aunque fuera en parte. Pronto lo hice llenar también mis huecos, que lo recibieron agradecidos. Nunca, , dejes que el silencio sea el que te atrape. Cada uno de mis poros y resquicios, sedientos de él, estaban convertidos en trampas sin salida. Y de pronto, como una capitulación, fui silencio. No ese silencio forzado e hipócrita, hecho para no rendir cuentas u otorgar. No, fui un silencio puro y cristalino aunque corpóreo. Me vi a mi mismo, solo, y al mismo tiempo construyéndote a mi lado. Así, fuimos los dos silencios conjugados, sin posibilidad de separación, abrigados por las murallas mudas y estáticas. Deseé que aquel silencio no se terminara nunca, así que me sentí en la necesidad de cantarle, de encantarlo y evitarle el paso. Canté y me escuché sin dejar de ser silencio. La calma era absoluta aun cuando mis pasos producían chasquidos en el lodo. Hay que convertirse en silencio para obtener la atención del silencio; después se puede hacer lo que

quiera, como sonreír y saber que la soledad siempre nos acompaña.



Ruego a lo que me queda de Dios que haya sol el dieciséis de diciembre que visites la iglesia de San Diego Churubusco a las nueve treinta y dos de la mañana. Nadie será capaz de sospechar, _____, lo que buscas y esperas encontrar en el embaldosado centenario de la nave principal, tal vez cubierto hoy por los reclinatorios y los bancos de madera. La hora y los minutos deben ser exactos si deseas encontrarlo. También deberán estar limpios los cristales en la linternilla de la cúpula. Deberás seguir el trayecto de un rayo específico de luz que se desliza, como arrancado del sol y con vida propia, sobre el suelo de la iglesia. Su silueta brillante y alargada marca el lugar donde un secreto viejo y olvidado yace escondido desde la fundación del edificio. Nadie sabe de él aparte de mi, y ahora de ti, _____. El rayo y lo que señala estarán del lado de la epístola y su posición a las nueve treinta y dos no dura sino unos pocos segundos. Te estarán mirando los ojos apacibles de Santo Domingo en Soriano. Entonces estarás en posesión de nuestro secreto. Cavar y encontrar una ocasión para lograrlo quizás te tome siglos, pero los secretos saben esperar.



Toda mi vida me la he pasado, , esperando ver en el cielo otra de esas señales que muchos dicen ver, una de esas que tienen gente verde y morada dentro y que se mueven a gran velocidad desde el fondo de un universo desconocido. La respuesta a mi anhelo puede que no llegue nunca, porque antes que nada debo aceptar que soy un ser terrestre y, peor aún, sumamente incrédulo. Será que tengo el canal cerrado o que simplemente no soy apto para el contacto, no lo sé. No sé tampoco si debo seguir apareciendo ridículo frente a una humanidad vidente, a la que con toda evidencia no pertenezco. Sin embargo, , creo que alguna vez pertenecí a ella. No puedo asegurar con seguridad que esto que diré pasó realmente, pero sí puedo decir que lo tengo perfectamente clavado en la memoria. La duda nace del hecho de que no recuerdo mis sueños: ¿Por qué habría de recordar éste, si lo fue?. Una noche, ya tarde y dormido cuando aún era un niño y vivía en un pueblo rodeado de aguas y montañas, desperté algo sobresaltado. Por la ventana se colaba una luz extraña que nunca antes había notado. Una especie de resplandor tibio y muerto a la vez. No pude escuchar nada raro pero me sentí lleno de curiosidad. Me levanté sobre el colchón y alcancé la manivela de la ventana para asomarme al exterior, donde la calle resplandecía a pesar de ser tan tarde. Nadie más parecía notar lo que yo notaba, porque todo estaba en la más pura calma. Con los ojos semicerrados busqué la fuente de aquella luz, y no tardé en encontrarla. En el horizonte el cielo se veía recortado por la enorme masa de un cerro cercano, y justo a la mitad del

cerro un objeto ardiente flotaba silenciosamente. Lo vi moverse repetidas veces. Su aspecto era flamígero y al mismo tiempo estable. Iluminaba los árboles y los peñascos tal como lo habría hecho una inmensa linterna en busca de algo. Bajo ese halo de luz reconocí de pronto la cueva de boca triangular que nunca me atreví a explorar y que fue siempre el mayor enigma de aquel cerro. El objeto, según vi, era lo suficientemente pequeño para entrar en la caverna, que pareció incendiarse al momento de ser penetrada. De inmediato cesó el resplandor y yo descubrí que en todo el tiempo que estuve viendo el fenómeno mi mente no armó pensamiento alguno, quizás presa del asombro o una influencia externa. Contemplé el cerro otro rato, embobado, y tras lo que me pareció un nuevo despertar cerré la ventana y volví a la cama. Lo tengo tan claro que pudo ser aquel sueño tan deseado; el único que por alguna razón he podido recordar.



Hubo Luna esa primera noche en que debí quedarme y sin embargo debí irme. Era una Luna pasajera pero entrometida, confiada acaso en que a través de las persianas no podíamos verla. Era una noche tibia, también, porque cuando nuestros cuerpos comenzaban a besarse no hicieron falta las sábanas y el temblor de una o dos velas era suficiente para predecir el calor que se avecinaba. Ambos, , tuvimos miedo de descubrirnos y dejamos que fueran los minutos los que nos

enseñaran el camino. Tu piel se debatía entre el temor y la entrega mientras cerrabas los ojos que yo sigilosamente besaba. Mis manos incrédulas paseaban por tu piel y trataban de predecir el ritmo de tu respiración, que iba en aumento. Besé tus labios, , al poner mi cuerpo sobre el tuyo tras haberlo recorrido con curiosidad y gozo. Acaricié tu cabello y supe que aquel olor habría de recordarlo para siempre. Lentamente dejamos que nuestra carne se tocara, se horadara con paciencia infinita, como una caricia llena de deseos prohibidos. Muy pronto mi cuerpo no era más que el tuyo, perdido como estaba en un mar recién descubierto, aún sin cartografiar, que la Luna persistentemente pugnaba por iluminar regalándonos una silueta impredecible de nosotros mismos, dueños por un instante del silencio y de una noche que no debió acabar y no acaba.

*¿Podría alguien
la piel de la noche
tocar como yo?*



Fue un huracán, , o algo terriblemente parecido, lo que me hizo despertar. De una masa de recuerdos sostenidos nada quiso quedarse. Como si hubieran sido secuestrados, arrebatados, su partida me dejó sin temor siquiera. Quise pensar que aquel vendaval era de liberación, pero no pude. El vacío total era prueba de que, como siempre, me equivocaba y que en ese informe mar

de rostros predicho por Waters de seguro estaba el tuyo. Si no puedo encontrarte, cómo hablarte. Si no puedo hablarte como explicarte. Si no puedo explicarte, cómo explicarme. Si no puedo explicarme para qué vivo. Roland tuvo tanta razón al decir que uno sólo escribe para si mismo, ya que el otro tampoco habrá de ser hallado ahí. Primero la espera fue angustia, después dolor; pero hasta el dolor cede. Vencido por la desesperanza o la desaparición del otro. Tú, , de pronto te hiciste como Dios, invisible e impalpable. Hoy ningún ruido te reconstruye, ningún sonido acierta a delinearte; ni el odiado teléfono mudo, ni el ex tic tac de un reloj de bolsillo sin cuerda. Es la desolación tras el cataclismo del silencio y el nacimiento de una esperanza. Todo el pasado es lamento. Todo el silencio es confirmación. Toda la confirmación es una pieza del olvido. Callo porque el huracán ha pasado y toda palabra, después de cientos de intentos, suena hueca o suena a petición de perdón. Hoy me desperté lejos y cansado, enajenado por el viento.



Tengo la sensación de estar atrapado en un libro viejo y polvoriento, ; uno que podría ser hallado en cualquier momento en medio de una decadente librería olvidada. Las hojas, las páginas de este mundo, no han sido cortadas, están apenas punteadas en espera del cuchillo, la regla o el abrecartas tembloroso. Estoy en medio de un libro lamentablemente nuevo que con el paso de los años

sólo ha visto pasar por sus letras los pasos desesperantes de las polillas. Algunas gotas de agua han hallado refugio a mi lado. Se quedaron calladas un día, absortas por este escondrijo que no es otra cosa que una prisión. Sus rostros como el mío se han vuelto amarillos y llenos de tristeza, de anhelo y ansias de ver la luz y volar. Porque aquí dentro sólo hay oscuridad y estanco. Olemos a antiguo, a impotencia. Permanezco mudo aun cuando alguna mano escoge el libro inspirado tal vez por el título que el lomo grita y que nunca he tratado de aprender. Debe tratarse de un libro aburrido y lleno de habladurías. Un volumen de historias que a nadie interesan, que quizás no deban ser contadas o escuchadas jamás. Y yo un papel pequeñísimo dejado por alguna mente ociosa, la invención de alguien que no ha querido dejarme un rostro, una pista para encontrar la salida, la llave para huir y al menos ser pisoteado o barrido por otro al que nada le importa más que acomodar mi vida fuera de su vista.



Del árbol caen algunos rescoldos tras el ardor irreversible. Del suelo suben las nubes de polvo celosas de las estrellas. Del horizonte vienen todas las especies conocidas de aullidos. De mis pulmones emergen bocanadas de humo gris aletargado. De la nieve en las montañas camina un gigante lleno de azoro. De los mares brotan pequeñísimas centellas agonizantes. Del desierto viran los torbellinos sin nada más que destruir. De las mentes adormecidas surgen

pálidos sueños de grandeza. Del pozo se fugan algunas mareas. De la nada viene el convencimiento. De la mano de Dios fluyen los espectros. De las calles se arrastran los sobrevivientes. Del abismo se ven asomarse algunos delirios impensables. Del amanecer se filtran una que otra bandada de silencios. De los ojos siguen manando lágrimas. De las sombras parten caminos y vías eternas. De las máquinas ruedan los solsticios. De la Luna se escurren apaciblemente la furia y el espanto. De las camas la noche ha tendido una red impenetrable de nostalgias. De las voces siguen saliendo insultos. De los volcanes se amarran los vientos salados. De la luz que queda se aferran las vidas arrebatadas. De los deseos se siguen construyendo individualidades. Del estruendo aún nacen batallas. De las ruinas aprenden a silbar de nuevo los vapores. De los barcos abandonados cientos de muertos aprenden a no temer más a la esperanza, .



¿Crees, , que se deba luchar contra la depresión? Qué si a veces es lo único que queda, la última posible acompañante, la madre de algunas ideas o del simple saber que se vive. La depresión es algo mecánico que abre huecos taladrando el halo indescriptible de una soledad pregonada día y noche. Vista por todos, poco comprendida por algunos, la depresión facilita la creación de un rostro pasajero que al menos grita por ayuda o por un momento de paz. Es también una falta de fuerzas.

¿Cómo luchar contra algo falto de fuerzas que para mantenerse debe absorber las mías, comérselas, , como una sanguijuela atravesándome la piel? Lo único que me deja son esos agujeros por donde se asoma a ver que en realidad afuera todo sigue en su sitio, que las nubes siguen rodando los cielos y el planeta entero sigue su camino; que en ocasiones no queda más que escribir cartas a nadie y visiones que los otros tomarán por locuras. Cosas que sin duda serán anhelos o cosas reprobables que no me atrevería a decirle a nadie. Abrir los ojos en medio de la burbuja taladrada es el único signo de que estoy vivo. De que además, por alguna razón incomprensible, hay algo de disfrute en el encierro. De que en ese momento a solas hay reflexión, aunque sus resultados rara vez los lleve a la práctica. De que hay sin duda, esperando afuera, algo que vale la pena. ¿Cómo luchar, , contra algo que le da un toque de diferencia a todo esto que parece derrumbarse?



Bien Puede decirse, , que ha sido el frío lo que me hace darme cuenta de lo lejos que estoy de lo que fui. Estoy entre cactus de una región desconocida que he dado en llamar exilio. Un desierto en el que hiela por las noches, donde no es el calor lo que me deshace como en otros lugares donde me he refugiado. Las horas caen como de un cuentagotas de hospital, alimentando a un desahuciado. Dudo en salir de este coma, , aunque el abandono

que me he impuesto me urge a tomar una resolución que me haga regresar al desconocimiento de eso que por costumbre me es tan conocido. La odiada rutina me reclama, el sitio que había encontrado está jalando de mis hilos, tensos y renuentes a romperse. Desde mi exilio, al borde de un precipicio ondulante, la ciudad titila como un llamado mientras el aire me hace abrazarme a este cuerpo cansado que se mece desprovisto de control. Son mis brazos, pero no los reconozco; son mis piernas, pero las uso en terrenos baldíos. Es mi piel, pero ha sido lavada por otras aguas, por otras presiones y por otros anocheceres. En otras palabras he debido mutar progresivamente y sin darme cuenta hasta ser el escombros debilitado que se esfuerza por llenar esta página. Las fuerzas se me caen y en ellas se escurren también estos ojos que antes ya eran tristes y hoy no son ni la sombra de lo que fueron. Bien puede decirse, _____, que soy el creador de este frío. Y la creación suele olvidarse de su creador.



Una duna azotada por el viento, _____. Una vela que escurre hasta la última gota. Las últimas páginas de una novela. Una nube extraviada y débil cruzando las estrellas, que cree adivinar. El hielo de la montaña en verano. La sed frente al arroyo corriendo. El fuego de una hoguera sin nada más que quemar. El agua al ser alcanzada por la lava. Un beso que se sabe póstumo. Las sábanas revueltas en un solo lado de la cama. La virgen desenmascarada. Un árbol

que cae bajo la sierra. Una sonrisa ante al abandono. El amor que toma un avión y parte lejos. La penumbra temerosa del amanecer. Un foco al que le vibra el filamento. Las lágrimas a las que se les ha terminado el terreno de un rostro. Las ganas de seguirte escribiendo cartas que no ves. El aire que ha llegado al fin del mundo. La nostalgia de un pico recién conquistado. La incertidumbre de unos zapatos con suelas gastadas. La alegría de un submarino que emerge. La paciencia que sentía apoyo en la distancia. Una rueda rasgada por un clavo. La imaginación si no tiene un objeto. Una ciencia carente de misterios. La religión que lo ha resuelto todo. La boca abierta en espera del beso del que ha partido o se ha quedado. La radio sin oídos atentos o esclavizados. Una hamaca a la que le han cortado los árboles. Las redes lanzadas con anhelo en un mar muerto. Todo, , todo desaparece . Todo se agota, todo queda tan completamente indefenso.



Horrible sierra de todos los días donde encontré a un padre abominable. Uno del que no me curo ni siquiera aunque esté perdido entre un montón de huesos desconocidos y en un suelo que no era el suyo. Hace tiempo que su voz no resuena en mi memoria. Su imagen, una vez no llorada (porque me lo prohibí) hoy es sólo una fotografía inmóvil. Quien busque entre mis papeles hallará una confesión que hice hace siglos basado en una especie

de resentimiento, de odio hacia quien le robó el aliento, mismos que ya no siento, que considero inútil sentir. En mis recuerdos aparece él como una sombra, como un simple observador callado por naturaleza. Un espectro del que hoy necesito exorcizarme a como dé lugar. No es posible, ni justo siquiera, pasarme la vida cargando un muerto miserable. Arrastrarlo en busca de alivio sólo me ha traído cansancio. Defender lo indefendible sólo me ha causado dolor, que se ha tornado en físico. Me he forzado a ser un joven anciano cuyas búsquedas terminan siempre al borde del desfiladero, del desierto de la pérdida. Escondido de mi mismo, busqué el refugio en los brazos ajenos, , temeroso de hacer aún más promesas y arrastrando conmigo todo aquello a lo que sin remordimiento enamoro. He pretendido volverme indispensable sin notar que sólo soy un hombre al que le quedan pocas salidas, que por demás no quiere ver. Considero triste la vida no por no querer descubrirla, sino quizás por no convertirme también en algo abominable. Siento nostalgia hasta de la muerte que pudiera darme paz. De esta forma he decidido darle sepultura a mis muertos eternos. Y no quiero ver más que mi propio amanecer.



Viven en mi cabeza algunos libros no escritos. Con ellos pretendo matar o revivir, y están llenos de cosas misteriosas o ya sucedidas. No me explico qué es lo que me detiene a vaciarlos ya en una libreta aunque costara

trabajo encontrarles un lector. Están repletos de medias noches apenas concedidas, de escondrijos hallados como si valiera la pena ocultar alguna realidad. Narran vidas supuestamente ficticias. Muertes que no deseo pero que considero necesarias. Describen lugares que acaso no pisaré nunca y que me vienen a la mente tan claras como un recuerdo. Cuesta trabajo entenderme, , porque yo mismo obstruyo el entendimiento. A falta de sueños construyo. A sobra de fantasías destruyo. Soy personaje pero no me asumo. Digo todo sin dejar claro nada. Aquellos son libros que me acompañan sin brindar respuestas. Algún día verán la tinta, la imprenta. Me acechan y me exigen. Se nutren y desean forzarme a tomar la pluma, sin éxito. Me muestran un camino, , y deseo tomarlo. No todos ellos son tristes, pero sí nostálgicos. Podría ser que en ellos un día te asomaras para ser conocida como yo creí hacerlo. Eres tal vez una obra maestra, parte de unas obras completas, y temo que así sea porque eso significaría tu muerte o tu final olvido. Las letras me brotan, y ya ves, no son capaces de escribir tu nombre. Porque quiero guardarlo como sólo mío, como algo puro que dijeron innumerables veces mis labios. Algo que está lejos y se niega a soltar su último aliento.



A veces, , intento narrar lo que no se debe o que tal vez estaría mejor sólo en mi recuerdo. Es común para mí decir que no sueño, pero no es verdad. Lo que no sueño

por las noches, o que simplemente no recuerdo, lo sueño de día y en vida. Y recojo pedazos que luego llevo conmigo y que atesoro en libretas solitarias que casi nadie conoce. Sólo de un lugar no lo hice, imagino que por una especie de respeto que más me gustaría llamar asombro. Un bosque viejo sojuzgando montañas de piedras. Un camino en el que se agotaron mis botas, rendidas. Una espesura que no dejaba espacio al paisaje. Todo en movimiento pero nada vivo. Entre los árboles se paseaba el viento y entre los guijarros se arrastraba un arroyo, el más transparente jamás visto. El sol bañando franjas de arena helada. Los musgos retando al eterno salpicar. Un silencio que no quise romper. Era un atardecer Virginal, originario, que duró realmente poco. No pude, no vi, no me atreví a cortar flores ni a levantar una piedra; quise dejar que todo siguiera igual como si yo no hubiera estado ahí nunca, exactamente como en un sueño. Y tengo la esperanza de que todo siga igual. No sabría regresar a ese lugar real, , aunque me lo propusiera. Está a miles de kilómetros, en otro país, en el sueño de alguien más, ese que invadí un día para únicamente sentirme lejos, sin ganas de volver. Una falla feliz.

*Siempre lejana
pasea ante mis ojos
tu cercanía*



John apareció un día sin que realmente estuviera ya ahí. En el fondo del video había un murmullo triste y continuo, insospechadamente entonado. La canción era nueva pero enormemente antigua. La noche absolutamente negra y temerosa. En todos los canales estaba John, a quien nadie sin embargo podía ver. Una mirada de curiosidad tenía atrapados a los niños, incapaces de entender que la noche en la pantalla fuera tan luminosa gracias a millares de velas encendidas que se tambaleaban por el viento o el incesante temblor de las manos que las sujetaban. Algunas pudieron ser apagadas por una lágrima que caía, pero nunca por el aire, que aun furioso guardaba respeto. Vallas policíacas con agentes que contenían mejor a la multitud que a su propio llanto se sintieron tan atónitas, tan incrédulas, como el creciente mar de luces a la orilla del parque, rodeando un pequeño charco de sangre. Las cámaras miraban rostros macilentos y desesperados que preguntaban “¿Por qué?”. “¿Por qué?” fue también la pregunta de algunos niños, y la televisión trataba de contestarles con letreros en un idioma que no era el suyo. Los periodistas no acertaban a decirlo del todo, pero estaba claro que alguien había muerto. Alguien a quien parecía que todas las velas del mundo, todas las lágrimas, no eran suficientes para cubrir o reestablecer. Hacía menos de una hora que John había sido asesinado cuando entraba a su casa, dejando a esa enorme multitud sola. Años después resulta curioso que para muchos, John tuviera que irse para que lo viéramos venir.



Cierta Angustia o cierto pesar, no lo sé. Una habitación oscura lista para desentrañar secretos o levantar pasiones o simplemente matar de frío. Un manojo de sombras vacilantes, en perpetua vigilia. Serían demonios, si hubiera tan sólo una buena razón para aguardarlos. Serían ideas, si al menos pudieran expresar algo. Más bien son cosas que quisieran entrar en la pluma y así quedar escritas. Ni atormentan ni avasallan; ni siquiera saben si *son*. Si se pudiera creer en los fantasmas podrían ser uno de ellos. Si fueran pensamientos dejados por un habitante del pasado, éste debió ser mudo y paralítico. Si por desgracia fueran el sueño de alguien más debería sentirme también soñado o al menos recién abortado. Pero es cierto agobio, cierto cansancio, no lo sé. El piso resuena como en un terremoto en el que la luz desea ser atrapada de nuevo en un cristal cerrado y vacío. La penumbra se refugia bajo los brazos de un reloj detenido y expectante que cuenta minuciosamente los granos de polvo y gente al caer sobre las superficies. En el otro extremo un grito, un libro, un cajón cerrado, no lo sé. Esta piel apenas puede contenerse de vivir, y hacerlo de esta forma sin respuestas. Cierta lejanía, cierto atavismo, cierto número de promesas rotas, no lo sé. Papeles firmados con sangre y ofrecimientos que, de ser inmateriales, hoy se encuentran al acecho en busca de la mordida, del golpe certero al sacudimiento, al

castañeteo de dientes. Cierta miedo, cierto arrepentimiento; sin fuerzas, no lo sé.



A fuerza de tenerte lejos, esta enfermedad llamada olvido ha comenzado a comerme como un cáncer. Puede ser todo parte de un pretexto bien estructurado. Uno que funciona para ti, , del otro lado de mi mente, que acostumbro, lo sabes, a ver como un par de mares. Son enormes cuencas rellenas de papeles vacíos y en un continuo revolverse. También llenos de tinta derramada y estéril y de intenciones epistolares mal realizadas. La enfermedad construye para mí delirios donde siempre tengo la razón y en donde tu personaje, por demás invisible, siempre está huyendo sin remedio. Son delirios de consuelo, , que sé muy bien que te golpean a ti, lo real. Son desvaríos sin sentido y poco elocuentes que se confortan al darme una sensación de haberlo hecho todo y bien. Esta enfermedad a la que casi me acostumbro es un engaño que te está matando mientras yo sueño con la cura; su misión es extinguirte y hacerme creer que has muerto, que he muerto, pero que no ha sido por tu extinción. Pensé que era la noche quien me corroía, , pero he sido yo mismo, que me consumo y trato de aprovechar la luz de mi arder para ver cuánto queda de ti. Quedan enormidades, aunque lejos. Me gusta pensar que este delirio es mío solamente y me prueba que queda algo de mi para ti.



Principio o final, quién puede saberlo. Aquello que inicia debe ser de los restos de algo que ha terminado, un amanecer tras el asesinato de la noche. Dios mismo, o su idea, puede que no sean más que sobras de una creación previa venida a menos. Esta distancia, , es la misma incluso dentro de esta poco duradera cercanía. Después de un largo ciclo puede que sólo alcancemos a ver los restos de una época que, si bien no fue por completo feliz, sí era al menos más real. Dicen que vivimos en un eterno retorno en el que probablemente podamos entendernos mejor. Para bien o para mal. Los restos pueden ser unidos de nuevo, reconstruidos; aunque sea con ideas de un nuevo ciclo. O bien pueden convertirse en polvo en nuestras manos, exhaustos de tanta espera o ya inútiles al no ser reconocidos. Conservados por la melancolía pueden no ser tan fuertes. Recogidos con pasión pueden mostrar el camino. No hacemos más que ver nuestra propia cola y no debe haber prisa por devorarla. Hay, puede verse, un círculo no cerrado y a la expectativa. El retorno debe completarse para ver si queda algo qué rescatar. La espera no es eterna, , pero sí ardua y cansada. ¿Qué es lo que vamos a encontrar? El miedo y la inseguridad suelen prever desenlaces terribles, pero justos. La alegría y la ilusión traen incertidumbres bien aspectadas. Como sea, hay inconsciencia en cualquiera de las dos posturas. Un ánimo humano de

supervivencia, como en dos senderos que se cruzan e idealmente se unen en un destino único. Nadie sabe si habrán de separarse más tarde y de manera definitiva. Principio del final o fin del principio, quién puede saberlo. Ha sido el aire que nos separa el que ahora parece unirnos. Cada vez menos palabras le han seguido dando vida y movimiento. Se diría que a Dios le gusta cerrar las cosas como a nosotros, si eso no lo hiciera ser tan humano. Dios es una casualidad creada por nuestros deseos y la ilusión de no encontrarnos tan solos. Y la casualidad es a su vez cíclica. ¿Será que podemos forzar las casualidades? Yo creo firmemente en ello aunque esté de por medio una larga espera. Aguardo con atención el final de esta noche y por eso me niego al silencio, a unas cuantas palabras, al contacto de lo que permanece impalpable o distante. Existe en mi una esperanza de restauración. Nada, sin embargo, será otra vez lo mismo. En dar el paso a devorar nuestra cola he soñado con renovación. El tiempo dirá si puedo dar ese paso y si lo haremos juntos, porque el intento, hasta ahora ineficaz, ha sido constante; poco ha decaído en estos siglos de espera. Tu cruce del viento y de los mares, tu sola presencia en este océano de gente me muestra que al menos, aunque remota , hay una posibilidad de renacer.



Un día, sin más, dejaron de sonar nuestras guitarras. No es que así lo hayamos querido, en realidad simplemente

dejaron de tocar. Mucho me temo que haya sido por un exceso de perfeccionismo. Eso que llamábamos canciones, y que para nosotros constituían el trabajo de una sinfonía completa, se cansaron de pronto de existir. Diferentes cada vez hasta quedar grabadas nos negábamos a dejarlas en paz. Fueron cuatro o tal vez decenas más y fueron hechas en un cuarto de azotea en el que a duras penas cabía el humo. Afuera, rejas para tender ropa prácticamente abandonadas. Unas botellas, algunos trapos. Alguna vez espectadoras danzantes que huían al ver que se abría la puerta. Un poco como en Londres y aquel último concierto. La ancestral grabadora registrando hasta el último rebote del sonido en los insuficientes cartones que decoraban malamente las paredes. Alguien traía ideas, otros las perfeccionaban durante siglos. Mientras tanto nos empujábamos, fumando tras fumar, escribiendo en papeluchos que tal vez algún día vean la luz de nuevo. En nuestras bocas el alimento que robábamos de una caja, a su vez probablemente robada, llena de extrañas barras que en inglés propugnaban ser una comida completa. Aquellos hoy mudos muros vieron nacer al menos dos obras maestras de la música contemporánea cuyas letras estaban en la búsqueda de la realidad alterna y narraban viajes no realizados, situaciones que hubiéramos querido vivir. Esos sueños, , se niegan aún a morir.

Porque durante el viaje / nado sólo el subconsciente / a veces
 inerte de alguien más /
 me apropio de sus sueños / tomo parte de otro cielo / vuelo y
 bebo los colores /

●

53

conjurados, descontentos con nuestra propia, indescifrable existencia. ¿Será que en esta geometría del dolor necesitamos que el otro sea partícipe de nuestro malestar? ¿Puede ser que la suma de dos malestares sea capaz de, geométrica y simétricamente, mitigar el sufrimiento? De ser así, sólo queda concluir que el amor no es más que un compartido e inagotable sufrir.



Ni siquiera la libertad de mil sueños es capaz de dibujarte, , porque aunque real eres absolutamente inimaginable. Reflejas lo eterno, lo que sólo se acaricia en el anhelo que me mantiene vivo. Es esa forma de estar sin estarlo, de permitir que te invada sin arriesgar la integridad a pesar de la distancia. Si estuvieras aquí tendría miedo de tenerte y no ser lo que esperas, si algo esperas. Te he empujado al fondo de ese abismo del que hoy te asomas, y la caída sólo te ha fortalecido. Has iniciado un vuelo y yo, atónito, sigo en tierra. Tu cuerpo se ha transformado en una certeza, tus ojos escondidos tras membranas cosidas se han abierto para verse a si mismos en toda su inmensidad. Tu piel, , es el cobertor despreocupado de mis horas vacías, que son todas. Te admiro, y sé que es verdad que lo de abajo es idéntico a lo de arriba y que eres la estrella doble que habrá de servirme de guía. Me has de transformar en ti por adaptación, y me dejarás intuirte en el milagro único de la existencia. Te has

convertido en mi piedra, , por otros largamente
buscada. -Sol, mi sol.



Ahora, de pronto, sé lo que es la luz. De haber vivido en otra época lo habría sabido antes, me hubiera sentido como hoy prácticamente todos los días. Hoy lo sé porque en un pasillo oscuro como el que me encierra no hay sombras y no hay posibilidad de ser el creador como siempre. Porque cada vez me convengo más de que Anastlav pudo haber conocido la verdad y somos realmente la fuerza generadora de cosas que nuestra misma ingenuidad nos fuerza a ver inanimadas. Cosas o seres, no lo sé ciertamente. Las sombras se mueven a nuestra voluntad, y la luz, entonces, debe ser algo que ellas temen o veneran pero que nosotros a veces tenemos el poder de controlar. Deben sentir o pensar o creer o imaginar o desear o lamentar o intuir que somos una especie de dioses que manejan a su antojo su realidad. Ojalá supieran que somos otro triste accidente del que la luz sólo forma parte, un mundo material que acaso sólo logran percibir por su súbita aparición y desaparición entre otras sombras. Si yo en mi corporalidad pienso, ¿Por qué no habrían de hacerlo las sombras en su planicie? Mi capacidad de generar sombras en su mundo ¿no será para ellas algo parecido a la voluntad suprema? Su esencia de oscuridad podría ver en el opuesto luminoso la causa primera, tal vez la última; no lo sabremos nunca pues sus

voces e ideas no tienen cabida en nuestro entorno. Las sombras son la paradójica obra creativa y destructiva de algo superior que son incapaces de ver: un mundo físico en el que incluso la luz es materia y que a la vez es incapaz de proyectar sombras. Y nosotros, estorbándola, hemos llegado gratuitamente a la divinidad.



Kilómetros de palabras, , kilómetros de ausencias y ganas de sentirte, kilómetros de recuerdos a través de kilómetros de mares y kilómetros de profundidades que nos dan kilómetros de silencio y kilómetros de añoranza para construir kilómetros de fluido llanto en los que se ahoguen kilómetros de tinta y mensajes impalpables que dan para llenar kilómetros de líneas telefónicas mudas y kilómetros de papeles en los que uno en realidad no escribe pero que podrían albergar kilómetros de deseos a lo largo de kilómetros de sueños y kilómetros de fuegos que alumbran kilómetros de amaneceres perdidos en la distancia bajo kilómetros de soledades mal acompañadas semejantes a kilómetros de vientos que sin forma no tienen de todos modos a dónde huir sobre kilómetros de tierras ignotas y kilómetros de construcciones y obras fundidas en el abandono sin contar su historia como el humo que a kilómetros no hace sino desvanecerse sin mayor gloria entre kilómetros de miradas acostumbradas a lo transitorio que bien pueden ser medidas en kilómetros de colores que pintan kilómetros de anhelos y kilómetros

de vacío impenetrable rebosante de kilómetros de voces que repiten incesantemente un nombre que sólo puede ser, , el tuyo.



Hace siglos, , cuando aún este paupérrimo escrúpulo que tengo no se apropiaba de mí, tomé un buen día una primera libreta hoy casi desintegrada y comencé a hacer como que escribía. En estos días ese papel amarillo y quebradizo exige un traslado, y por eso está aquí:

“Aquí se relata, aquí se dice, se recuerda lo desconocido, lo venerado, lo que no se explica, lo que la gente guarda en el silencio de sus corazones y debe ser escuchado:

Sobrevoló con sus alas de noche, hiriendo los aires tibios del lago. Allí, en el centro, donde se refleja la Luna, fue a hacer un alto, tomó un descanso. Parecía inmóvil. Sólo su reflejo ennegrecido y un ligero rozar de navajas en cada respiro.

Muchos le vieron, por muchos fue observada, y se alejaron. Su descanso fue largo, apacible. Al despertar el sol se reflejó en el espejo de sus ojos, deslumbrándola. Y se vio rodeada, encerrada. Los hombres, casi desnudos, habíanla casi cubierto de ofrendas. El aire, el humo del copalli, la hicieron toser. Entonces la gente vio y admiró su cara hasta entonces perdida en la negrura. Su brillo los hizo retroceder hasta la orilla del lago. Algunos sacerdotes habían iniciado ceremonias que ella parecía no entender. Ya sonríe, ya se alegra ante la vista de un pequeño niño. El pedernal cruza los aires, abre su pecho. El grito, la sangre y el

pequeño corazón que, aún palpitante, se eleva en las manos del sacerdote, cambian el rostro cristalino por uno de guerra. Ya se levanta, ya apresta las alas. Se ve manchada de sangre y salta hacia el cielo donde parece brillar, es como una flecha, como una lanza que cae sobre los hombres extasiados en sus cantos. La gente exclama y admira su vuelo. Aun el sol parece palidecer ante su cuerpo que, con un negro brillante, hace presa de los sacerdotes, cortando sus cuerpos y dejándolos en pedazos. No hubo gritos. La gente calla y cae postrada. Otros seguimos de pie.

En nuestros días, pasados los años, los niños opinan que es una leyenda, un mito más que viene a unirse a los miles que nos rodean y hacen más creíble nuestra ciudad. Pero yo puedo ver todavía su silencioso vuelo al abandonar el valle y lo que está junto al agua. Los que allí estuvimos, entre los templos, junto a los canales, le dimos un nombre que la gente repite cuando, algunas mañanas, aparecen cuerpos rotos, sin vida, en los caminos solitarios: Itzpapalotl, mariposa de obsidiana, fue y es su nombre. Y dizque la han visto volar por las noches, ocultando su cara triste y la sangre de sus alas en la más profunda oscuridad”

Se llamó y se llama “Itzpapalotl” , , y fue mi primer cuento.



De pronto, es sentir algo como un ardor frío, una inquietud o un temblor que no me deja estar quieto. Pongo atención a mi alrededor, y en principio tengo la sensación de que es posible concentrarse en dos cosas a la

vez. La llama fría, sin embargo, se impone y se establece profundamente convirtiéndose de pronto en necesidad. En real necesidad de papel que se ofrezca para recibir el vómito, en una ansiedad parecida al amor desesperado que comienza a desesperar. Llega entonces el abandono, la paz de sentir la pluma en la mano, y dentro de esa supuesta calma, el vómito. Todo comienza a salir como en un parto de ideas realmente inconexas que se hablan entre si y se alinean para ser expulsadas. Escribir, _____, es algo que suelo esperar y que en el momento en que ocurre esclaviza y aliena. Vomito al escribir y escribo para vomitar; lo hago sin asco, que no existe, y con la esperanza de que la sola pretensión de escribir hará que algo se consolide finalmente. Para vomitar prefiero el papel expectante en vez de la dureza del teclado; la inevitable idea de corregir es más limitada en una hoja o en una libreta, donde tachar (dejando un rastro de lo eliminado) resulta ser suficiente. Porque escribo, porque vomito para dejar un rastro o una pista, y el papel resulta lo suficientemente físico como para constituir una prueba palpable. La tinta y la letra pueden esconder o mostrar cosas que algunos bits codificados no pueden. Una libreta vacía es una oportunidad para vaciarse, para dar rienda suelta a que la frialdad de esa llama que de pronto se enciende lo incinere todo. La pluma es en un instante también forzada a vomitar, a ser la traductora de la llama. Los tres, así, somos cómplices y resultamos indispensables para seguir. Violo entonces el papel, que de por sí era ya una invitación a la violencia; le pierdo un respeto que deseaba ser violentado,

y encuentro una resistencia vana e inexistente. Escribo para dejar una huella de mi (y para mi) antes que para comunicar. Violento, vomito y vocifero para obtener expiación. La pequeña llama es sólo el inicio del llamado. Escribo por no callar lo que calla mi voz. Escribo no como queja o reproche de lo que me rodea, sino para escucharme. Escribo porque soy pretencioso y porque lo que me consume se alivia sólo por medio de palabras. Y hoy lo hago sin miedo, , porque no debe temerse a lo que no se sabe si vendrá. Este fuego debe ser combatido con palabras que tal vez nunca se escuchen.



El monstruo, , no espera en la profundidad del laberinto. El monstruo es el laberinto mismo, implacable y engañoso, que se tiende infinito y sin respuesta en una pequeña superficie. El monstruo es una banda de Moebius trágica y paradójicamente imaginada. El miedo a ser devorado no es otro que el de ser extinto en un camino cíclico y sin fin. Quien tiene suerte a veces encuentra una telaraña conductora, y quien la ha perdido la vio tensarse y romperse irremediabilmente. Estamos perdidos y a una distancia desesperadamente corta. Compartimos al monstruo que construye a nuestro alrededor paredes de impenetrable silencio. Cada uno ha comenzado a andar en la penumbra en busca de una salida que difícilmente será compartida, y el sendero mil veces recorrido habrá de convertirse en nuevas e insospechadas posibilidades.

Ignoro si habrá amor en ellas, , porque no sé cuántos más están encerrados como nosotros en las entrañas del monstruo. La falta de noticias de ti (un rastro, una estrategia) ha ido minando mis esperanzas, aunque no el deseo de seguir caminando. El monstruo acecha, confiando en su victoria, y al paso de los años, de los siglos, podrá satisfecho exclamar que fue nuestra culpa perdernos la fe y las ansias de seguir luchando. Solía creer que serías más fuerte de lo que yo mismo quería ser, pero tras todo este tiempo, tras toda esta cercanía fingida y patente, ahora concluyo que deseas la salida y has vislumbrado un lugar del que puedas echarte a volar.



Llega, como está escrito, el momento de ver y aceptar que la lucha por mantener esto que una vez comenzó nunca fue suficiente. De aceptar también que cuando uno decide dar, debe darlo todo y no solamente lo que puede. Porque con este poco poder, por más que fuera todo lo que creí a mi alcance, no alcancé más que a enviarte al otro lado de dos mares en busca de refugio o de una respuesta. Hoy que la voz y las letras han perdido su inicial fuerza y que nuestros cuerpos ya no pueden tocarse ni siquiera por medio del frágil hilo con que se mantenían en contacto, ya nada queda sino dejarnos ir. Los años de esta separación están cobrando la factura y no nos tenemos ni para decirnos adiós. Antes al menos nos podíamos mirar desde el balcón o al cerrarse lentamente una puerta. Hoy sólo

quedan cartas unilaterales lamentando haber sido parte de muchos sueños contruidos en tiempos que por desgracia nunca fueron mejores. Sólo fueron. Cartas y letras a las que sólo les queda desear buena suerte, como si fueran para un par de desconocidos, como si entre ellos no hubiera existido un algo profundo y esperanzador. Te has echado la culpa por callar, aunque yo sé que callas. Mi culpa es no haber luchado lo necesario para conservarte. Llegó el momento, como quizás estaba escrito, de formalizar este silencio. Y de tomar cada uno la rama del camino que le toca, sin que la mía se atreva a contemplar el olvido.

*No hay olvido:
el paisaje de tu piel
me lo recuerda*



Ruinas de Pensamientos y vestigios de ilusiones. Restos de un pasado cercano que se esforzaba por estar presente. Como en un campo baldío me siento sin ánimos hasta para poner espacios vacíos entre comas que tal vez no tuvieron nunca un sentido. Serían pretextos, supongo, para esconder un nombre, o intentos vanos de perpetuarlo y tenerlo sólo para mí. Una más de mis consecuentes cobardías, quizás una forma de nombrar lo políticamente innombrable, un eufemismo, una huída, un desvanecimiento paulatino, una hipocresía, un tibio escape, una tierna autocompasión. Una celebración del

hecho de que todo, hasta el vacío, la contuviera. Porque incluso las ruinas hablan, y éstas, antes acumular el polvo de lo olvidado, querían gritar. Hubo un cobarde ahorro del aliento o una ausencia completa de responsabilidad. Me pregunto si esta falta de espacios representa el final de las pocas palabras que conocimos y que solíamos traducir en eternas contemplaciones cada tarde antes de la presupuesta separación. Tirados en el suelo nos contábamos mudas historias, estupefactos, idiotas. En una cama roja y angosta nos iluminábamos con la perplejidad. Fuimos un par de ruinas hablando una lengua muerta, jeroglíficos que nadie debía ver pero que muchos comprendieron sin buscar mayores complicaciones. Después, supongo, vino el saqueo y la dispersión. Aun aquellas mudeces fueron incapaces de volverse a ver a los ojos, presos en las vitrinas de dos continentes distantes. Simplemente dejaron de decir palabra. Es el silencio de un último deseo mutuo de suerte acentuado por el alejamiento. Los dos vivimos, aunque no sabemos hasta cuándo y para qué. Somos restos de ideas y de una añoranza que cede lentamente, y sólo el derrumbe del mundo podría hacer que habláramos de nuevo. Las ruinas, después de todo, son eternas.



Besábamos nuestros ojos como queriendo despertarlos de su ceguera. Lo anterior había sido un encuentro fugaz, un convivir alejado, no incómodo sino silencioso y precavido.

Algunas cosas fueron trabajo, lo demás era un fingir, un guardar apariencias o un no sé qué. Parece que todos, sin embargo, podían verlo. Después fueron las tardes eternas buscadas con pretextos cualquiera, horas frente a una pantalla, revisión de libros en una soledad compartida. Nuestros cuerpos habían comenzado a tocarse levemente, aún con pena, pero doblegándose sin remedio. La alfombra fue un primer testigo del silencio roto apenas por las manos, y poco después por los labios, que aun así se negaron a hablar. Así pasaron meses de tardes disfrazadas de escondrijo. Así fue como se encontraron e intercambiaron humedades nuestras lenguas, acercándonos más y más a las sábanas, al descubrimiento de ese par de pieles heridas y llenas de algo que quizás nunca fue curiosidad. Entonces, aquellos besos en los ojos se convirtieron en abandono, un abandono mudo que descubrió usos diferentes al dolor para la carne. En miradas desfallecimos, cerrados los ojos en un instante nos atravesamos, estallando, abriendo las fronteras de nuestros cuerpos, nos dejamos ser libres por unos breves momentos en que, por fin, vieron la luz.



Se habla de un diminuto animal sobre el que el Fisiólogo guardó silencio. A dos causas puede atribuirse este silencio: una, que el Fisiólogo no le haya visto nunca ni oído de él jamás, y dos, que el Fisiólogo haya optado por no legarnos más que una inmensa ausencia de palabras.

Yāmûr, sin embargo, dice del *Bodrovium* que es inconmensurablemente pequeño. Es el *Bodrovium* temible enemigo de los Grifos, a los que infesta sin misericordia, absorbiéndoles hasta la última gota de sangre del cuerpo. Tan singular bestia, retorcida de dolor hasta ser consumido, no acierta a comprender qué es lo que le priva de las fuerzas y el vuelo, forzándole a permanecer en tierra como un inmenso fardo de rocas sin volición. Nace el *Bodrovium* en las insalubres aguas del mar de Actium, donde medra en espera de que su víctima se acerque a beber. Invisible y lleno de artimañas, se esconde, fingiendo inocencia. Bien ha dicho de él el Profeta, respecto a la peligrosidad de su naturaleza: “*Dixistis enim: Percussimus foedus cum morte et cum inferno fecimus pactum: flagellum inundans sum transierit, non veniet super nos, quia posuimus mendacium spem nostram et in fallacia absconditi sumus*”. Esta inocencia es un símbolo de la divinidad: así puede leerse en el ‘Ajā’ bû-l-Makhluqat: “...Al grifo, encarnación del enemigo, del maligno que nos aparta de Él (loado sea su nombre), lo inquieta la presencia de lo invisible, lo amenaza la sola idea de su existencia”. El *Bodrovium* simboliza la presencia infinita de la palabra de Dios, que es el arma que esgrimimos frente al Diablo. Y este animal insignificante en tamaño no representa otra cosa que la virtud divina de la humildad, que puede contra el más temible de los adversarios. Así como David venció al infame Goliath, el *Bodrovium* habrá de vencer al Grifo, que encarna al demonio.

Dicen además las páginas ocultas de *De Bestiis* sobre el *Bodrovium*: “Infinitamente diminuta, esta inmunda bestia posee garras en sus dos manos frontales; son tenazas con las que cercena las entrañas de su enemigo. Varias patas le pueblan los costados; nadie adivina aún cuántas. Su móvil es el agua, su alimento el fulgor ígneo de la sangre y los zumos vitales. Una vez dentro del cuerpo que ha escogido habitar, su luz, su acción corruptora se multiplicará y no podrá ser detenida. Su influencia será invisible. Tal como el espíritu de Dios al inflamar un alma extraviada, haciéndola retomar el buen camino”



Otra de las cosas que se me ocurren es lograr que de la idea de que todas las noches mantienen su virginidad brote de pronto una *Breve y Sumaria Historia de los Parques*. Empresa nada sencilla, porque cada uno de ellos, tapándonos ocasionalmente el paso por las calles, tiene o tuvo una historia propia. Para este proyecto no es necesaria la visita y revisión de todos los parques; la obra consistiría más bien, creo yo, en una memoria de los parques. Una memoria histórica que por fuerza habrá de ser diferente para cada lector, o que cuando mucho podrá ser medianamente igual para más de uno, con la condición de que esos más de uno se conozcan o hayan compartido suficiente tiempo para que los parques en su recuerdo adquieran forma y coherencia para la historia. Habrá

incluso quien no tenga un solo parque qué recordar; otros tendrán tantos, gratos e ingratos, que se verán en la necesidad de hacer su historia sumaria y breve. Como sea, tendremos que regresar a la atractiva postura de que cada una de las noches aguarda perder su virginidad sentada en el banco de algún parque. En espera de un primer beso en la penumbra de las veredas; a la espera de los primeros dos cuerpos que, entrelazados y quedando irreconocibles bajo los árboles y sobre las hojas secas, decidan dársele todo; en vigilia para capturar las primeras miradas fijas, curiosas e invitantes de dos desconocidos. No es difícil ver que una *Breve y Sumaria Historia de los Parques* sería un libro para llenar, un texto simplemente a la espera de fluir. Tal vez sea este el tipo de historias que necesita el mundo. Historias que sepan incluir y, mejor aún, que den la oportunidad al lector de reconocerse, de verse protagonista. Una anónima historia para todos. Las librerías podrían llenarse, entonces, de infinitas historias de parques, nacidas o inspiradas hasta por la envidia. Las habría dolorosas, claro. Pero también llenas de gozo, de interminables anécdotas que después podrían hasta inspirar novelas. Libros y libros llenos de virginidades perdidas que tal vez hasta propiciarían la creación de nuevos parques llenos de laberintos, de infames peligros, de insondables trampas felices y noches expectantes. Y entonces podría por fin contar mis descubrimientos de parques ignotos que sólo vivían en otra cabeza, mis exploraciones de senderos, el encuentro con mi propia noche virgen, que desafortunadamente estaba destinado a

perder en otro parque, eternamente lejano, y que en realidad es otro continente, cuyas veredas serpentean al otro lado de dos mares.



Ya cuando había alcanzado la certeza de que nada podría hacerme recordar mis sueños, tuve un día la peor de las pesadillas arquitectónicas. Llegó como supongo que llegan todas las pesadillas, sin previo aviso. Y me habría gustado estar dormido cuando llegó, porque hubiera podido evaluar mi capacidad de crear incoherencias durante el sueño. Como no fue así, sólo me quedaban dos explicaciones: uno, que el autor material e intelectual de esa pesadilla era un reconocido utopista, un mago del eclecticismo, o dos, un pobre diablo, nuevo rico que se quiso comer el mundo de un bocado llevándolo, con arte y todo, a su sitio de trabajo. El estupor, sin embargo, no me dejó concluir nada en absoluto. La presencia avasalladora de aquel edificio igual podría mover a alguien al odio, a la risa, o a un orgasmo estéticamente sublime.

A primera vista la construcción parece un castillo medieval, cuyos sillares toscamente cortados y acabados, al más puro estilo románico, logran causar la impresión de solidez necesaria para la protección de sus ocupantes. En la azotea las almenas se yerguen al cielo y uno espera ver en cualquier momento la aparición de un ballestero, apostado para repeler el ataque de las turbas vulgares. Pero esto es sólo una primera y equívoca impresión.

Porque bajando la mirada y enfrentándola con el lugar en el que por lógica cualquiera querría encontrar un portal levadizo resguardado por un foso, lo que uno encuentra es el frontón de un edificio romano. Ahí está el tímpano triangular, las columnas y hasta una bonita vestal de yeso (pintada su toga de azul cielo), brindando una cordial bienvenida al visitante. Las columnas del pórtico son anástilas y llevan por capiteles cariátides neoclásicas sobre modernos fustes cuadrangulares y estriados. Pero la confusión aún no está justificada. Después de reconocer la entrada a este templo de la diversión (pues se trata de un serio salón de fiestas, supongo que temático), no le queda a uno otra cosa que volver a mirar los altos muros de cantera artificialmente avejentada. Ahí aguardan otras sorpresas. Las ventanas enrejadas fueron practicadas en la fachada con arcos ojivales, dignos de Chartres o Amiens, y llevando la vista a la parte más alta del edificio de tres pisos, olvidaremos lo ya visto para apreciar dos hermosos remates recubiertos con fragmentos de azulejo, cuya forma recuerda vagamente las cúpulas ortodoxas del Kremlin, pero que sin duda nos traerán otro tipo de recuerdos, o al menos *dèja vu*, de la ilustre ciudad catalana de Barcelona. De alguna manera, sabremos que Gaudí tenía una innegable influencia sobre el masón del edificio que nos ocupa, pues una vez puesto de relieve este detalle, poco esfuerzo habrá de realizarse para sustraer de la fachada románica una media torre, émula de la ilustre Pedrera o el Parque Güell, que yacía maliciosamente

adosada, escondida y en espera de un ojo que le brindara libertad.

Pasando por debajo del majestuoso frontón romano, a través de un zaguán de aluminio con su letrero de “no estacionarse”, se tiene acceso al patio de la edificación. Nada sobresale en él, salvo su embaldosado rústico, que conduce a unas escaleras de dorados balaustres y pasamanos delicadamente pintados de rojo, recuerdos sin duda del traje moteado de armiño y el oro que debe lucir cualquier rey. Terminan las escaleras en un sólido portón de madera, custodiado por un esbirro de la casa. La espera antes de verlo abierto e invitante produce la necesidad de ver hacia debajo de las escaleras, para comprobar que fueron cubiertas por una alfombra roja. En este punto resulta inevitable no escuchar, al abrigo de la imaginación calenturienta, la insigne Marcha de Aída acompañando el dulce descenso de una quinceañera vestida de rosa y rodeada de chambelanes recién afeitados que cuentan compases con sus labios apretados. No bien el visitante comienza a disfrutar de esta escena, la puerta de madera se abre por fin. Cruzarla nos conduce hasta un pequeño pero *elegante* salón cuyos techos y paredes se hallan ornamentados al más impuro estilo Luis XV. Todo en este aposento nos remite a la Francia de los siglos XVII y XVIII (¿Quién podría saberlo?). Hay pinturas en las paredes y el techo, todas ellas con personajes de blancas y enormes pelucas sobre rostros incomprensiblemente blanqueados y rozagantes. Bajo estos rostros, los escotes parecen a punto de ceder y

mostrarnos lo que apenas pretenden vestir. No sin salir del azoro, se nos conduce al salón principal. Será casi imposible describirlo, pero si las palabras alcanzaran, sería de este modo: Un recinto de planta cuadrangular con columnas y arcaturas barrocas, profusamente ornamentado con hojarascas doradas y rojas. Las bóvedas, de un color rosáceo y con un pretendido acabado vetado de mármol, rematan en elegantes rosetones porfirianos, seguramente para no perder su afrancesamiento. La iluminación del recinto corre a cargo de lámparas de cuerpos dorados y monstruosos, grutescos, que empotrados en la pared sostienen bolas de vidrio blanco y opaco. Las lámparas semejan gárgolas, y uno no puede más que admitir que su estilo conjuga a la perfección con la hermosa chimenea marmórea que adorna la pared principal, y cuyo detalle de indudable buen gusto es una magnífica réplica (a baterías) de un reloj francés, dorado y movido por esferas. Puede verse también en el salón una antigua cómoda y una jaula ocupada por dos desdichados pericos verdes, sin duda exóticos recuerdos de los viajes familiares del poseedor de la casa. Para terminar, sólo queda recordar que una de las paredes del salón barroco se encuentra adornada por gobelinos. Mas no esperemos que sus temas sean caballerescos o flamencos. El del centro, el más grande, está tejido en seda y representa la batalla mítica entre un dragón y un gallo celeste. Se intuye por los ideogramas que acompañan la escena que proviene de la lejana China. A los dos lados de este tapiz, dos pequeños

cuadros bordados representan a Ganesha, el elefante sagrado de la India, Dios de la alegría.

Lo juro. Quise despertar y no pude. Estaba despierto, envuelto por el ardor de una cumbia, y contarle es hoy la única manera de no sentirme tan, tan miserable.



Fui testigo de la invasión, y al parecer tan estúpido para preocuparme por sus supuestas consecuencias. Un océano viejo, surcado de arrugas, de inquieta y plomiza melancolía, se dejaba rasgar por las tres delgadas proas del barco, que bogaba sin obstáculo hacia las rocas en el horizonte no lejano. Y bajo las olas batidas de esa ventana navegada, una miríada de seres traslúcidos parecen pensar en la forma en que se adueñarán de todo. Como en cualquier ejército, los escuadrones cumplen con cubrir sus posiciones asignadas: en la superficie flotan los centinelas, de cuerpo purpúreo, listas a adherirse a la armadura del enemigo. Sus espadas envenenadas perforan la piel del intruso y lo dejan inmóvil, quizás muerto. Pocos centímetros más abajo, una avanzada de incólumes gelatinas ardientes se desliza, quemando y lisiando seres a su paso. Y por debajo de ellas, majestuosas y elegantemente móviles, las élites de la armada silenciosa: guerreras de yelmos blancos en perpetua contracción y largos brazos urticantes, que como redes atrapan y devoran a quien ose desafiarlas. Fui testigo pero no vi

batalla ni fin de la batalla. Quise ser enemigo y cobardemente huí a la primera quemadura.



Pensé durante demasiado tiempo que la lluvia atraería otras cosas, pero estaba completamente equivocado. Cuando empezaron a caer las primeras gotas en medio de un calor insoportable, fueron más un golpe que el esperado y tradicional alivio. Al escuchar el chasquido sobre los charcos lo primero que vino a la mente, , fuiste tú. Te hacía evaporada, borrosa al menos después de tanto tiempo, y tuve la desesperante sensación de que la lluvia, cayendo sobre mi cabeza y mi cuerpo, se llevaría finalmente los últimos rastros de ti en mí. Que la lluvia me lavaría, dejándome con la disposición suficiente para dejarte ir, para diluir esas amarras que imagino y que tú hiciste efectivas durante tanto tiempo. Lo cierto es que nada de eso sucedió. Llegó la lluvia y lo que hizo fue fertilizar tu recuerdo. Recuerdos desertificados por la distancia y el tiempo, y que creí muertos apenas hace muy poco. En su muerte fueron alimentados por el silencio, que no se termina. Confieso mi frustración e inutilidad. Como la lluvia, no soy bueno para las promesas. Como los recuerdos, siempre vuelvo. Como las piedras, me aferro al mismo lugar, con miedo de ver otros. Fue ahí donde encontré una fotografía tuya, , roja y triste, y me fue difícil no combinarla con la lluvia que caía. Fue como recibir un rayo que me dejó partido e inerte. Estás aquí,

estoy ahí, y al parecer ni toda la lluvia del mundo, como yo esperaba, sería capaz de borrarlos o dejarnos un respiro en la soledad.



Tiene la palabra *adiós* algo de letal, y eso lo tenía ella muy claro. Decir adiós fue siempre algo que, por parecer definitivo, estaba prohibido entre tantos sustitutos menos destructivos. La palabra podía incluso decirse en otro idioma, pues parece que sólo en español indicaría su total significación para convertirse en una sentencia, un acto final, una destrucción del otro o un cerrar perpetuo de sentidos del uno. Decir adiós debería ser un acto absolutamente consciente de sus implicaciones. Un *hasta luego* suena más benigno porque se intuye que quienes se despiden habrán de verse de nuevo alguna vez, sin que en realidad importe cuánto tiempo pase para ese nuevo encuentro. En un *hasta pronto* o un *hasta luego* se juega con la esperanza, convertida de alguna forma en seguridad, porque el pronto o el luego tienen que llegar y forman parte de nuestras vidas. Pero no existe esa seguridad si pensamos en el *adiós* con detenimiento. En Español, decir adiós significa mandar al despedido “A Dios”, y aunque en realidad esto es solamente un buen deseo, también puede querer decir que la despedida no tiene planeado un reencuentro. Se manda *a Dios* a quien ya no se quiere cerca, y pensándolo bien se le manda a un lugar desconocido y sin retorno. De ahí lo letal; sin mentira

posible, decirle *adiós* a alguien puede convertirlo en eterno e invisible, como Dios.



Me pregunto cómo pude creer, aunque sea por un momento, que las cartas, reales o virtuales, iban a ser un verdadero vínculo. No cabe duda que sólo estaba viviendo un espejismo al que entré con suficiente ilusión. Todos los días, con puntualidad espantable, iniciábamos nuestro encuentro con la extraña seguridad de estar realmente hablando entre nosotros. Lo que en realidad veíamos eran sólo letras y cuando mucho algún dibujo en la pantalla. Las voces se habían extinguido ya debido a razonables cuestiones económicas, y aunque el diario contacto parecía acercarnos un poco, lo que en realidad sucedía era que a cada momento descubríamos lo lejos que estábamos. La distancia era tan terrible que ni siquiera el instrumento por el cual nos encontrábamos era el mismo: aquí una computadora, allá un ordenador. A diario cruzaban los mares centenares de palabras, pero sin duda no lo hacíamos nosotros. En todo ese tiempo hubiera deseado que la relación fuera realmente *digital*. Así sus dedos y los míos se habrían encontrado como antes de que ella partiera. Con mis dedos habría podido tocarla, visitarla. No sé, no entiendo cómo pude creer que aun con tan temible falsedad digital, aquello podía sentirse real.



Ahora estoy pensando en una novela nueva en la que no exista la oportunidad de matarla. Y aunque en ese lugar podría yo hacer lo que quisiera, lo que escribiera tampoco sería para traerla de vuelta. Sé muy bien que ambas opciones son imposibles y que de algún modo sólo serían el resultado de una esperanza de consuelo. Y no sé si estoy buscando consuelo esta vez. Venganza tampoco, y el dolor de la pérdida me exige no la aniquilación sino la perpetuidad. Algo continuo que me deje creer que las cosas persisten o que son cíclicas y tengo el poder de volverlas a vivir, cada vez con menos errores, cada vez con mayor convencimiento. Algo que me deje re-tocar lo que ya no tengo y que me niego a perder para siempre. En la novela soy dueño del clima y escojo que éste sea siempre nostálgico; revivo cosas sucedidas e invento otras que hubiera podido disfrutar. La tristeza corre lentamente en un principio y termina inundándolo todo por completo. Algunas cosas deberán permanecer tras el naufragio, pero otras no podrán ser vistas de nuevo. Está claro que los dos sobreviviremos tras el cataclismo y la inundación, cada uno desmemoriado conscientemente y en una orilla del mar donde la otra es sólo un rumor, un vago recuerdo lleno de lágrimas que no dejan de caer, como la eterna lluvia.



Descubro, tal vez demasiado tarde, que ya no soy quien antes era. He sido devorado lentamente, de modo tan sutil

e imperceptible que no pude darme cuenta. De pronto noto que todo lo que realmente me importa lo hago a escondidas y que llevo puestas al menos dos vidas diferentes que apenas quieren convivir. Es posible que en realidad no puedan hacerlo y sea yo, necio, quien quiere unirlos y engranarlas, aunque el resultado, esquizofrénico por antonomasia, esté agotando mis fuerzas, e incluso, convirtiéndome en un tercero desconocido hasta para mí. Y la esperanza que me queda está basada en un desconocimiento. No sé hasta qué punto un esquizofrénico pueda saberse loco o enfermo. Pienso que la gran ventaja de la locura es precisamente no saberse loco, y por lo tanto, si hoy me supongo esquizofrénico, debe ser porque en realidad no lo estoy. Siento terror ante la posibilidad de que alguien sea consciente de su propia locura. Y hoy me siento otro del que fui, o al menos una versión rota o incompleta de lo que fui, sin poder evitar el pensamiento de que tal vez sea posible ser un loco consciente. Veo a mi alrededor los pedazos de aquello que era; apenas me reconozco, pero siento que existe aún una cierta fuerza de cohesión. Quizás no sea demasiado tarde para reconstruirme; pero por lo que parece habrá que destruirlo todo, todo, para poder renacer.



A lo largo de los años he venido desarrollando una especie de perversión por el agua. Primero fue descubrirla a través de la ventana y en el chapoteo inocente de una tina azul y

de plástico. Después vinieron los charcos, extraños objetos hechos para ser brincados, y luego sacar la mano por la ventana, hacia ese abismo prohibido de tres pisos, para capturar un poco de granizo, sano aquellos días, y masticarlo pese a las prohibiciones. Poco después fui arrebatado de mi tierra a otra donde sólo llovía. Era una lluvia escasísima, parecida a la inconsciencia, pero tan persistente que pudo no haber acabado nunca. De hecho no ha terminado. Su melancólico caer me lo recuerdan hasta las regaderas. Recuerdo de esas tierras sólo árboles viejos y enormes bebiendo a la orilla de otro río de recuerdos. Montañas de las que escurría el agua fría de los deshielos, una playa de arena fina en una hondonada escondida y rodeada, insisto, de árboles sedientos. Pero también de ese lugar fui arrancado, y mi venganza fue, tal vez, aguarlo todo. A partir de ese momento he vivido con sed, una sed que no se apaga de ninguna forma. El agua se ha tornado erótica por escasa e irresistible por tener claro dónde buscarla y cómo obtenerla. He convertido al agua en caricia y en transporte de olores, en bautismo supuestamente purificador, en cuerpo sólido y penetrable, en posesión y vicio, traedora de placeres ajenos ilimitados, y por tanto placer mío también. Al agua de los ojos la he descrito sin originalidad infinita como tantos mares; las sábanas se han convertido en superficies oleadas, y las camas abandonadas, en naufragios. Todo, todo es agua: salvedad en un desierto, sabiduría en la punta de una montaña, añoranza eternamente repetitiva. No sé bien si soy yo quien la pervierto o soy un producto de su

perversión, porque sólo pienso en beber, en ser bebido y absorbido. Todo en mi es un fluido continuo, abusable, sacrificable. Doy mi humedad para obtener otra a cambio, planeo su robo o su vencimiento, la devoro entre gritos y al mismo tiempo me derramo sin tratar siquiera de evitarlo. Todo, todo es agua, que de tan clara es difícil creer perversa. Agua que fluye en busca de alguien más en qué ahogarse. Corre y se va. Es por eso que a veces estoy tan seco.

*Y todo el mar
en estos ojos tristes
sólo lágrimas*



¿Qué espero de ti, ? Me preguntas algo difícil, porque sé en el fondo que yo deberé preguntar lo mismo. Lo que quiero de ti es tal vez más paciencia de la que has tenido. Espero, entre otras cosas, que no me olvides. Espero que seas igual aun a pesar de mi, de la distancia y del tiempo implacable. Espero de ti una memoria aunque sea subconsciente, un entendimiento que sólo sería capaz de pedirte a ti. Espero de ti que no me deseches por más que lo merezca. Pero espero más de la vida que de ti. De ella no me queda más que exigir aprendizaje y fuerzas para actuar, para abrir los ojos y no quedarme estancado. Eso lo necesito más que nada, , porque sin eso sólo seguiré siendo lo que soy y teniendo lo que tengo, conformándome. De esta vida también espero piedad.

Una oportunidad para que lo que me queda contigo (si algo realmente queda, dejando a un lado que mi egoísmo me obliga a creerlo) no se apague, que quede algo que rescatar. Esto es lo que espero, , bajo la lentitud de los días. Que no me llegue jamás la lastimosa desolación.



Esto es lo que sucedió: aburrido como cualquier otro sábado, me perdí en una librería de viejo, en una calle también vieja. He estado allí cientos de veces, y aunque nunca encuentro nada, siempre tengo la ilusión de dar con algo fuera de lo común, por pequeño que sea. Me gustan los libros que demuestran tránsito. Los que tienen comentarios manuscritos, los que tienen incluso pétalos petrificados entre sus páginas. Los que huelen a polvo y manos. También me gustan los que no han sido abiertos jamás, los que enseñan aún completos sus bordes plegados. Son libros viejos que no tuvieron suerte. Que gritan y convalecen, lamentando no haber tenido una oportunidad. Los hay también rotos y desvalidos. Se deshacen en las manos, se quiebran; son como rompecabezas. Su papel ha pasado del amarillo al café. Generalmente están ilustrados con grabados que uno quisiera rescatar como fuera. Y son también los más caros. Son, por error ácido, los incunables de esta, nuestra modernidad. Sus antiguos dueños hubieran querido para ellos una eternidad menos limitada. Sus pastas suelen lucir recosidas y aun pegadas con buena voluntad pero escaso tino. La cinta adhesiva usada en un

intento de rescate pasado, también empedernida, da muestras de su agotamiento y se ha llevado en prenda pedazos de letras y orillas triangulares. Son este tipo de libros para los que la suerte nos ha escogido como su último lector. Al menos eso creemos al devolverlos al estante, donde con suerte pasarán años antes de ser tomados otra vez.

Bueno, uno de esos libros fue lo que sucedió. La Torre de Papel, al fondo, lado izquierdo, religión, catolicismo, tercer nivel, más o menos en medio. Pastas desgastadas, rojas con cintillos dorados, título inmenso. En la primera página, blanca (café), hasta arriba y con una tinta prácticamente desvanecida, con caligrafía atípica, mi nombre. Debajo, mi firma exacta y la fecha de inicio de la lectura, o bien, la compra del libro: “febrero 22, 1876”. Inmediatamente debajo, la fecha de conclusión de la lectura: “abril 12, 1881”. En la parte baja de la página, un sello ex libris, tinta azul. Una “A” capitular entre borrosas casas tejadas y europeas. Página 9, firmada. Página 39, firmada. Comentario al margen en la página 223: “La gente vive en sus libros”. Ni con todo mi dinero habría podido volver a comprarlo.



Busco un remedio para esta ausencia de sueños. Para este deseo de dormir de día lo que no puedo de noche. He comenzado a envejecer. A arruinarme. Estoy cansado, inhábil, cano. Las noches comienzan tarde y las mañanas

demasiado temprano, como si no supieran vivir, o como si les doliera vivir. Y abro los ojos automáticamente sintiendo que la cama, que las sábanas tibias me repelen. Así, soy expulsado a un mundo aún oscuro en el que sólo hay sonidos distantes de gotas cayendo, trinos y campanadas. Todo esto después de una noche sin sueños que tal vez es sólo una mañana sin recuerdos. Como sea, busco un remedio. ¿Qué esconden mis sueños, que prefieren desvanecerse antes de ser recordados? ¿Qué es lo que vi y no debí ver, lo que sentí y no debí sentir, y que hoy bloquea la memoria del sueño? Algo me dice que soy culpable sin querer. Que los muertos que arrastro son la causa de sentirme exhausto, y que este cansancio, más que dormirme, me hace morir cada noche. La sensación de no ser dueño de mi cuerpo por las noches, de no tener pruebas de haber vivido durante esas horas en blanco, me aterra y me llena de furia. Sueño de día para sentir que vivo, y a veces eso me hace morir de irrealidad.



No todo ha sido tristeza. Muchas cosas pequeñas me han dado buenos ratos, buenos años. Unas fueron las dichas canicas de barro que aún conservo en alguna parte. Salieron, como está escrito, del fondo de una barranca en mitad de la sierra. Fui allá siendo muy pequeño, y ya en aquel entonces eran una curiosidad. Pedí muchas, me compraron pocas y sobrevivieron aun menos. Pero no fueron mi única canica. La otra, esa sí lamentablemente

perdida, era de metal y notablemente más grande. La encontré en una maceta, en un taller mecánico de otra parte de la sierra donde si bien había montañas, lo que más había eran lagos multicolores e inmensos, llenos de leyendas de agua, ahogados y magia. Esa balín de acero, esa reliquia, estuvo en la bolsa de mis pantalones por lo menos siete años. Con él hundí barcos, destrocé canicas y jugué a encontrar otros tesoros. Pero lo perdí en otra ciudad antes de cumplir trece años, antes de perder también a mi padre. Y como dije, no todo fue siempre tristeza. Aún me quedan recuerdos de esas sonrisas, de aquellos viajes y juegos. Hoy no me aferro a nada material que no seas tú.



Puede llegar a suceder, también, que de alguna forma posea, como todos parecen tener, un pensamiento situacionalmente geométrico. Creía que era inmune de alguna forma, pero veo que sigo equivocándome. Como parte de ese sistema cultural de apreciación caigo en la humana tendencia de construirlo todo, o al menos representarlo, a base de círculos y otro tipo de formas trazables. Esto es sólo una trampa del instinto, un mecanismo que asegura la existencia y que anima la sana convivencia. Parece haber algo, profundamente alojado en cada uno de nosotros, que nos compele a cerrar las formas geométricas, y peor aún, a convertir diversas situaciones de nuestras vidas en predecibles y razonables cuerpos geométricos. Quien tiene una visión “cuadrada” del

mundo está condenado a ser excluido del “círculo” social. A quien abre los ojos redondos como platos se le considera todavía capaz de sorprenderse. Redonda es la obra sólida de alguien que ha sabido reencontrar sus orígenes; esférica es la percepción de un mundo completo. Sucede lo mismo con las relaciones humanas, que creemos, que forzamos también a ser circulares. El círculo no cerrado, interrumpido en su circunferencia por la muerte o la desaparición del otro, puede ser causa de psicoanálisis; cosas que uno habría querido decir, hacer, impiden cerrar un círculo que, iniciado una vez por dos, hoy luce inútil con sólo uno. Si el amor se va, siempre queda la esperanza de un encuentro futuro y fortuito que permita el cierre del círculo, trayendo consigo la cultural paz de la completitud. Son ovals los eslabones de una cadena de vida; si uno de ellos está incompleto, si uno de ellos es débil o se encuentra mal cerrado, la cadena pierde coherencia y la vida carece de sentido. He dicho ya que yo me sentía inmune a este mal. Pero soy un hombre, simplemente. Pensé equivocadamente que estando tú tan lejos, , y yo también, escribirte cartas sería una buena forma de justificar la pérdida, de cerrar simbólicamente (o cobardemente) el maldito círculo que iniciamos juntos. Hoy he descubierto que no es tan sencillo. Supe que has brincado de nuevo los dos mares y que has decidido no verme más. Supe que ya no vivo en tus palabras. Sólo me queda pensar que aquella última vez que nuestras manos se encontraron tú lograste cerrar el círculo que yo sigo manteniendo abierto como una llaga

sangrante. No quise o no pude entenderlo. Y yo, el incrédulo, hoy no tengo cómo cerrarlo. Quiero pensar que estas palabras servirán de algo. Que son la costra con que el ciclo aprenderá algún día a cicatrizar.



Fue sin duda el demonio en el que no creo quien incineró lo muy poco que quedaba. Yo había estado tratando de esconderlo, de ahuyentar las llamas —y hasta la luz— para con ello conservar algún rastro de esperanza. Pero Él supo encontrarlo. Mis inútiles anhelos de que no callaras, , mi ilusión de que existía una pequeña oportunidad, mi proteger tu recuerdo y hasta mis ganas de siquiera escucharte, todo, ardieron sin que pudiera impedirlo. Fue el demonio de la rendición, o tal vez el del inevitable olvido. No me queda sino culparlos cómodamente. Quise no ser yo mismo un demonio, , pero parece que fui el de la pasividad. Y lleno entonces de demonios, con todo mi tesoro iluso convertido en cenizas heladas y sin memoria ni pertenencia, me he dedicado a habitar sin remedio este infierno en el que fulguran el arrepentimiento y la perplejidad. Porque ahora ni usando los dos mares podría apagar el fuego endemoniado que me consume, y si acaso lo lograra, sólo sería para después hallar rescoldos inhabitables. Mis alas de demonio, de ángel venido a menos, me han llevado en reversa. Ya no sé qué es lo que

veo; peor aún, no sé ya si tengo derecho a verlo. A verte,
, como antes de sentirme realmente condenado.



Resisto cuanto me es posible, pero este atardecer mío no hace otra cosa que palidecer. Lentamente mi corteza se va endureciendo, dejando entrar cada día menos luz y causando el derrumbe de todo aquello que se veía tan sólido. Me retuerzo, doblándome sobre mi mismo para tratar de ver qué ha sido la causa de este abandono. La hojarasca que cruje en el piso, alguna sin duda parte de mi, anuncia como siempre que sigo vivo, que mis pasos aún pueden ser escuchados. Me agita, sin embargo, un viento de desmemoria que además seca mis manos; siento el peligro del congelamiento y sé que habré de quedarme solo. Mi atardecer no fue jamás planeado. Llegó desconocido, de forma inesperada, rojo y ardiente, blanco y helado, dejando caer sin remedio las sombras y anunciando, tal vez, más luz del otro lado de las montañas. Voy a continuar este cansado camino sin que nadie me acompañe y mi guía serán las hojas secas que se atreven a rodar en el aire. Mis ojos anuncian el crepúsculo y las estrellas se niegan a dar la cara. Los mares permanecen en calma. Espero poder narrar alguna vez mi larga y eterna noche.



Me duele mi sombra, su ardoroso estremecimiento, estos ánimos de separarse y caminar a solas, su continua amenaza de desprenderse, de robarme, de llevarme a cuestras como algo invisible; me duele mi sombra, que sin sensibilidad ha decidido dejar de arrastrarse y tomar el camino de la formal desobediencia, el de la danza solitaria, el del estudio de una técnica quirúrgica que le extirpe mis pies tiranos, sin duda castigo de alguna culpa pasada. Me duele la sombra que hasta ahora no había sentido, que habría engendrado en ocasiones sin número, que alimentaba con cada movimiento imprimiéndole la sensación de poseer alma propia. Me duele su desconsuelo por ser esclava, su forzosa e irremediable feminidad, su frágil discurrir entre las rocas, su agitado yacer entre las sábanas. Me duele mi sombra y no puedo evitar ahora pensar que de alguna forma soy yo el preso, eternamente condenado, eternamente Dios generador, por siempre mudo, impotente y alienado de su propia creación.



Hay, con toda seguridad, un infierno esperándonos en alguna parte. Está encerrado en muchos de los ojos que nos miran, a la vuelta de algunos recuerdos reprimidos. El infierno es el saberse ignorado, forzosamente incomunicado, algo comparable a la sensación de ser reducido a cenizas, aun en vida. Es el hablar para un planeta vacío pero perpetuamente presente, beber con sed sin remedio de un mar infestado de eternidad. El infierno

es ir olvidando poco a poco aquello que se temía inolvidable, abandonarse a la desdicha de una manera voluntaria por no encontrar respuesta en la extinción de la dicha ajena. No quema el infierno, sino que ahoga. Sus llamas abrazan por no poder abrasar, provocando una exasperante asfixia, la angustia de saberse uno mismo, abandonado a la ausencia de palabras. El infierno es mirarse vivo mientras por dentro todo ha muerto, preso de un respirar lejano que se esconde; un error, una decisión equivocada, un tormento difícilmente original. Pero se acaba. Ni siquiera la inmarcesible desgracia de nuestros infiernos podría soportar el infortunio de ser eterna.



Aceptando con fe pasmosa que los evangelios cristianos son verídicos e infalibles, habrá que concluir que el buen Marcos decía la verdad cuando puso en boca del otro buen Jesucristo que los condenados morirían por siempre (si ello fuera posible) entre llamas aterradoras, no sin antes haber sufrido el tormento del gusano. El primer evangelista se refiere con casi toda probabilidad al gusano barrenador de la tristeza. La sola idea de que por decreto divino debamos pasar por esta prueba en busca de una purificación que a pesar de los milenios no llegará nunca, me recuerda que ya en vida nos vemos afectados por este mal. Sí, , tenemos y tememos tristeza. Y la tendremos en un futuro también. De ninguna forma

podremos eludir la sensación de ser carcomidos lentamente desde adentro, sin poder evitar que nuestras lágrimas caigan. Dado que no se ve otra cosa sino condena en el futuro, habrá que hacerse a la idea de que la tristeza ya nos corroe, dejando a su paso túneles ardorosos alrededor de nuestras almas, y que con tal la sensación habremos de vivir hasta el último de nuestros días. Con ese destino, , ignoro qué tan útil será seguir quejándose de la tristeza.



La primera vez que me lo dijeron –y la única– confieso que no lo creí en absoluto. Estaba, desde luego, tan alienado de mi, tan desprendido de lo que había sido, tan entregado, tan ciego, tan sin forma, que me parecía ilógica otra manera de ver las cosas. En pocas palabras estaba profundamente enamorado, y que el mismo ser amado me dijera que llegaría un día en que, simplemente, despertaría curado de tal enfermedad (pero sin olvido), me pareció imposible. Nadie quiere curarse del amor, supongo, como nadie puede aceptar sin quejas abandonar alguna sustancia o acción adictiva. Tal vez sea debido a que sólo a través del amor es como logramos deshacernos de nosotros mismos, aunque sea por un momento, y una vez rota nuestra persona, nuestra máscara, nos vemos desnudos. Y no importa, pues hemos entregado hasta la vergüenza. De alguna forma nos convertimos en el objeto amado, y tal vez, al tener la oportunidad de mirarnos desde ese otro

lugar, es que nos negamos a ser lo incompletos que éramos antes, perdiendo hasta la conciencia de que existe una supuesta curación. Por eso, creo, resulta atroz todo rompimiento, incluso el decidido por uno mismo. Y si la decisión la ha tomado el otro, cuando en ello ha mediado la lenta eternidad del tiempo y la distancia, el sufrimiento puede llegar a parecer sin fin. Como ya antes tuve la ocasión de comprobarlo, mi deber es aceptar que, sin embargo, éste tuvo fin. Después de lo que me pareció una eternidad, he despertado curado, aun contra mi enorme (y presuntamente imposible) deseo de no sanar. Lejos de ti apenas me han quedado fuerzas, , para seguirte convirtiendo cobardemente en cartas. No recuerdo tu voz ni tu olor. Me quedan apenas algunos destellos de tu piel y el profundo recuerdo de tu mirada, ahogándose bajo toneladas de olas de plomo. Y todo esto es, mucho me temo, estar curado de ti. Lo malo de todo esto es tener que regresar a ser el esperpento desgastado que antes fui.



No pude evitar enojarme. Así fue toda mi vida, o lo que queda de ella. Malos ratos que con seguridad pudieron evitarse, pero que pasé lleno de furia. Mi tiempo de enojo es solitario por naturaleza, , y bien se puede ver que también es mudo. En esos instantes que considero totalmente míos no puedo, no debo hablar con nadie. Me considero peligroso. Son minutos en los que no puedo pensar en nada, en los que blanqueo mi cabeza para dejar

fluir la furia sin control alguno. Decir cualquier palabra implicaría violencia inmediata, injusta, asesina. Callar es la condición necesaria para poder hablar después. No creas que no me doy cuenta, , de que esto es egoísmo puro y de que con ello minimizo las posibilidades del otro para defenderse y hasta para atacar. Pero lo considero necesario; hasta hoy no he encontrado una buena razón para ser destructivo. Aun escondido en la afonía me siento incapaz de manejar el silencio. A mi, si no es por el enojo, esto me sale mal. Estoy urgido de contacto, ; acabo de descubrir cuánto me enoja el enmudecimiento. No pude evitar contestar más que con el silencio habitual, que hace tanto daño. Quise oírte, , leerte, y tu silencio sin enojo me orilló a dar el paso con el que, creo, te perdí.



Verdadera tontería, necedad, la que tenemos de hurgar entre los documentos del pasado. ¿Para qué descubrirnos como éramos? Sólo para lamentar lo que ahora somos. Estoy hablando de nosotros, , y no de historia, donde este principio negativo en ocasiones no funciona. Después de tanta ausencia, después de tanta distancia, un día lo normal es querer voltear y ver hacia atrás. Porque no siempre la memoria es lo que querríamos. En el recuerdo, si se está en uso de razón, sólo habitan buenos recuerdos. Lo malo, en lo que hemos causado y recibido daño, es hecho a un lado. Y después sólo queda el dejarse llevar,

con normalidad, como si nada en absoluto hubiera sucedido. El pasado, de pronto, se ha vuelto un presente fluido y perfectamente funcional en el que el tormento de hallarse lejos, o imposibilitado, se ha vuelto una estúpida costumbre. Cuando lo normal era ya no pensarte, , ya no pensarnos, de pronto surge el tratar de ver lo que fuimos, para descubrir que sólo somos una sombra de nosotros mismos. Ese darse cuenta, ese cavar en la memoria de lo que por haber sido escrito había sido desterrado, nos hace notar por fin cuánto hemos muerto, cuánto de lo nuestro se ha perdido, lo inútil que será tratar de rescatarlo, pues una muerte lenta sólo tendría solución en el transcurso de otro tiempo lento, que por desgracia no tenemos.



Y entonces, leer sin esperar algo de lo que se derramaba una pasión con pocos ánimos de callar. Una pasión recientemente escondida, tal vez sólo recientemente descubierta, pero llena de ansia. Leer también unos ojos convencidos de su predestinación a ser hallados, a encontrar sin siquiera haber buscado. Todo esto en una especie de paraíso de la casualidad, de la mala o la buena suerte. En la lectura se sienten dos pieles tocándose, y aunque se nota que el frote sucede por vez primera, no queda sino adivinar (o al menos desear con vehemencia) que es más bien lo poco que pueden rescatar las palabras de un hecho que ha venido sucediendo hace siglos. Del

texto se extrae la seguridad de un conocimiento imaginario de los participantes. Es, tal vez, una invitación a ser parte de algo previamente soñado. La certeza de encontrar una piel escrita, descrita, calor y paz. Las letras, manuscritas, hablan de voces, de mezclas de voces, de cruces de miradas, de campamentos a la orilla de algún humedal expectante. Un mar de aromas amenaza con desvanecer el mundo, con tomar prisioneros, y cómo evitar la sensación de que uno ha sido ya atrapado, convertido en objeto, feliz, abandonado y exprimido.



Me pregunto cómo será ver el mundo con los ojos de otro. Porque sin ningún problema admito que el mundo está lleno de lugares que no conozco, y algunos otros que sólo he visto gracias a la fotografía. De modo que tampoco tengo dificultad para comprender que esas imágenes no son las únicas posibles para cada lugar, y que por tanto, si conozco, lo hago sólo fragmentariamente a través de la subjetividad de otro, quien decidió lo que era digno de verse, lo que para él fue decoroso mostrar. Y aun sabiendo esto me pregunto cómo será ver con los ojos de otro. Ese alguien más que ahora pasea en algún lugar del mundo, mirando a su alrededor. Ya es un gran esfuerzo romper con mi yo y darme cuenta que hay otros que viven, que experimentan, y que no por estar lejos o aparecer invisibles dejan de existir. Miles de millones de otros que, ocupados en sus vidas, no se molestan en saber que yo

pienso en ellos. Ojos negros, verdes, azules, que por su solo color ven lo mismo de forma distinta. Mentes que me llamarían loco por decir que mi verde no es el mismo que su azul. Gente que está sentada a la orilla de algún mar mientras yo me encierro en casa. Personas que ahora muestran a unos ojos inexpertos el lugar, o el lugar donde debiera estar, la Luna. Ojos que se pasean por la selva, o bajo enormes edificios, manos de ciegos que se saben a salvo por la pura textura que perciben, miradas que ven todo a través de cristales, de ventanas, de rejas, barrotes y sueños. Los ojos del otro están mirando al mundo en este momento, quizás sin preguntarse si alguien más lo hace. Personas que uno conoce bien, y que en la lejanía no sabemos lo que estarán percibiendo, lo que estarán pensando, con quién, para qué. Pero el no saberlo no los detiene. Probablemente estén pensando lo mismo que yo, o estén mirando en el mismo libro, en la misma página, la misma fotografía. Oyendo esa misma rara canción que uno cree que a nadie más se le ocurrirá escuchar en ese momento. Es una ilusión esta de sentirse único. Una ilusión infantil con la que nos ahorramos pensar en el otro, y él, ellos, en nosotros. ¿Qué pasaría si me importara cómo ve el mundo el otro, a pesar de que yo lo veo ya? ¿Y qué sería si pudieran prestarnos sus ojos, ajenos a la luz que conocemos? Veríamos quizás cosas diferentes, y por un momento, antes de encerrarnos de nuevo en esta realidad construida, seríamos el otro: el que ve la calle en el mismo instante en que yo lo hago, pero que al no poder ocupar mi lugar físico le puede parecer que ha visto otra, totalmente

diferente. Otro que ha dejado correr el tiempo con calma mientras yo muero de prisa. El otro mira y no sé qué es lo que ve. Tal vez sea que hemos decidido vivir solos, en un sitio donde los demás sean sólo parte de una decoración necesaria, inevitable. Lo que vean o piensen nos tiene sin cuidado. Si tan sólo supiéramos que lo que ven no nos incluye tampoco, tal vez podríamos abrir los ojos.



Tatuada el alma de impaciencia, tu nombre a semejanza de un poema jamás olvidado, huérfano en un mundo aún no descubierto, sentada en el último lugar del pequeño y atestado sitio que te veo habitar, los breves minutos no serán nunca suficientes para descifrarte. Y ese interminable a medias comunicarse, en ese verse a pesar de las miradas y tras tenerte en mis manos aunque sea de papel, tengo la necesidad de preguntar: ¿Crees posible encontrar en las letras un refugio? ¿Una manera de escribirte, de describirte, de leer tus ojos mudos y sin ganas de esconderse? ¿Pueden las letras imitar lo reprimido, sin ser insuficientes, sin parecer demasiado ansiosas, en exceso soñadoras, tal vez también ausentes? ¿Existe en ese posible refugio alguna manera de no irse, de manejar la realidad para hacerla más apacible, menos ajena? ¿Una forma de acortar las horas compartidas sin saberlo, repletas de angustia, de huecos que sólo llenos de anhelo sobreviven, los días que sin tus ojos en el horizonte no acaban de oscurecer? ¿Pueden esas, estas letras acercar

pieles, indicarles el camino, trazarles un mapa que les ayude a no perderse entre sus bosques, sus llanuras, sus abismos? ¿Crees capaces a las letras de traer todas esas palabras calladas, todas esas ideas silenciadas, y darnos paz bajo la protección de una caricia, de un roce, de un beso prohibido? De ser así, que nuestro no irnos sea para escribir hasta lo imposible.

*De pronto un ojo se abre
El cuerno de la luna grita: Halalí*

Vicente Huidobro



...y en sus ojos ajenos esclarecer los motivos de cada mañana, la desventura de una lejanía demasiado próxima, de un terrible desconocimiento, de una imaginación con vislumbres poco fundados; ojos que de hablar lo harían construyendo el aire de una habitación solitaria de tan llena, sin obstáculos ni preguntas, sólo respondiendo y percibiendo respuestas que ardían en deseos de desbordarse; ojos raptos que no cesan en su intento incendiario, que amordazan y cautivan, que escriben y leen aun cerrados, atrapados en una piel blanquísima y anochecidos por el viento claro de un cabello que cae, lacio y luminosamente vencido. Ojos salidos del precipicio donde el silencio palidece hasta diluirse en un largo grito, a la conquista de otros ojos, que en su perpleja ignorancia sólo habían sabido sentirse mirados.



Uno puede siempre definir el miedo, sin temor a equivocarse, como el motor de uniones y separaciones. Que dos miedos se enfrenten provoca una anulación recíproca, tal vez aceptando por primera vez que la diferencia entre ellos existe. El que dos miradas se pierdan el miedo trae como consecuencia el acercamiento, la compasión (tomando esta palabra como lo que realmente es, es decir, hacer propio lo que otro siente) y finalmente la entrega hipnótica, irreflexiva, del amor. Pero puede suceder también que dos miradas enfrentadas, dos miedos, provoquen el odio y la destrucción. Así, la mirada ajena, la del otro a quien se teme, resulta tan abominable, tan perfecta, tan igual pero opuesta, que ha de ser aniquilada. Y en esta batalla, como en el encuentro amoroso, la disolución puede ser fatídica y sin vencedor. De alguna forma, el miedo transformado en odio o en amor tiene el poder de consumir y devastar. Y tal vez, cómo saberlo, sólo después del odio se pueda perder el miedo a amar, y sólo tras haberse destrozado de amor tenga sentido el odio.



La imaginación también, aun cuando es sabido que no puede más o que se ha desgastado hasta convertirse tan sólo en una piltrafa, es un montón de plagios de si misma,

incapaz de expresar lo deseado. O bien lo que conoce como anhelo, que a veces sólo puede verse en los ojos, en el temblar nervioso de unas manos, de pronto vaciado en un papel, arrugado y en la basura como quisiéramos que estuviera la incertidumbre en vez de estar carcomiéndonos con las más insulsas posibilidades e imposibilidades, mordiéndonos el alma lentamente y orillándonos a la locura. La insensatez de un tiempo privado que tiene otro transcurrir mientras habita los rincones más sensibles del cuerpo, llevándonos del éxtasis a la sima, montándonos en llamas y después congelando hasta el menor movimiento. Esa locura se llama angustia y también repta por las venas. Lo hace como los recuerdos, que en amarga paz se revuelven dando a luz fantasías, tal vez verdades que, sin embargo, ya no son reales por haber sucedido hace tanto tiempo: aquella mirada ha sido atrapada mil veces más desde entonces; los olores pueden haber cambiado. La desesperación, convertida en vehículo, nos lleva a voluntad a través de diversas fases desconocidas de nosotros mismos, que pronto descubrimos en esta ceguera de la ausencia que no hay salida. Todo, todo, es silencio. Hasta la imaginación.



Jamás hablé de horizontes, ¿Verdad, ? Es como si por alguna razón supiera que en este par de mares no existen realmente, que he sido incapaz de vislumbrarlos, o peor aún, que no quise verlos. Un horizonte habría

significado salvación, un mínimo de esperanza. Representaría la tierra por tocar tras el naufragio, o incluso la certeza de que sin querer las mareas me habían devuelto a casa, donde todo sería más reconocible, donde todo me protegería de nuevo, donde al menos fingiendo podría seguir adelante con mi vida. Sin embargo, lo que en realidad sucede es que estoy varado en medio de los mares. Atado a tierra por la parte de mi que, con gran cobardía, quiere quedarse, y próximo al encallamiento por falta de fuerzas. Tengo perdido el horizonte desde hace largo tiempo, ese que creí alcanzable cuando aún tenía el viento de tu voz impulsándome, el que permitía los viajes cortos de las aves que me traían noticias, el que mostraba en sus columnas de humo que había algo que recuperar tras sus playas. Las aguas me han robado el horizonte y el sol ha ido reblandeciéndome la memoria. Floto a la deriva y sin fuerzas sin que nada me indique el fin de este viaje inconsciente. Un cielo sediento y sin fronteras me hace recordar que el viaje también lo inicié solo.



De mi no quedan sino fragmentos dispersos por el pequeño mundo que me ha tocado habitar. Primero fue la ruptura, en la que varios pedazos me fueron arrancados, llevados lejos de mí. Otros se quedaron tirados en algún sitio desmemoriado, sin que tuviera tiempo de voltear a ver qué era de ellos. Algunos otros fueron objeto de robos y despojos, quizás sin que me diera cuenta. No tenía edad

suficiente ni poder para hacer reclamos. Se quedaron engrosando otras realidades abandonadas en el pasado y de algunos guardo un leve recuerdo. Jaloneado entre montañas y ciudades, pedazos de mi cayeron naturalmente, y otros, muchos más, con intención. De estos últimos me acuerdo más, porque me deshice de ellos por venganza y con plena conciencia. Eran cosas y creencias por demás inútiles, sentimientos que me pesaron demasiado y decidí ya no enfrentar. Fue así que fui perdiendo peso, que me fui disolviendo, desmoronándome por los caminos, cada día más endurecido, más irreconocible y también, sin sospecharlo, cada vez con menos qué ofrecer, con menos qué dar. Los huecos de mis pérdidas, hoy característicos de mi aspecto, fueron llenados con miedos y después con negaciones que han comenzado ya a reclamar. Ninguna religión, ningún pesar por mis muertos, por mis vivos extraviados, ninguna cosa que me hiciera parecer débil pasó por el filtro fragmentador. De mí hoy sólo queda un pequeño guijarro, que por más que intentó negarse el llanto hoy llora sin saber a dónde irá y qué será lo que le dé la vida en el futuro.



Entregarme al tormento, al suave suplicio, al inicio de un destierro predecible tras la derrota. Imaginé su piel dulce desde mucho antes, cuando de ella sólo había sospechas y breves lecturas. De entre esas letras fue posible extraer le

esencia de su misterio, la honda amenaza que ocultaba y que ella definía como amargura en sus labios, imposible de notar a la distancia. El peligro yace en materializarla, en dejarse caer con arrebató cuando en realidad lo que debía planearse era un salto a las alturas que huyera del prodigio de sus caricias. Era, es verdad, sólo un ingenuo intento. Lo que me movía era una necia necesidad de ser devorado, de verme privado de mis sueños y de ser forzado a utilizar los suyos. Y en este gozoso desgarramiento, en esa eterna pérdida de voluntad que con los ojos cerrados me exigía abandonarme, fue como finalmente me perdí en aquella piel impredecible. Su voz poderosa se supo dueña de esta curiosidad en que me ahogo desde el primer instante, disfrutando sin duda ser la causante de algunas de mis penas. En suma, quedé reducido a sus deseos, preso porque quise, a la espera de cualquier cosa que pudiera venir. Y lo que vino fue un relámpago atravesando mis ojos cerrados, la erupción trepidante de un cuerpo violentado por el derramamiento de viscosas sensaciones de su pecho y de sus manos, el sentirme atado y sin aparente deseo de movimiento, extático y sin poder contestar lo inesperado hasta descubrir que no existía respuesta alguna que no fuera dejarse sacudir, absorbido por sus imparableS estremecimientos, por los ruidos que salidos de su garganta desmoronaban el mundo, haciéndolo polvo y convirtiéndolo de pronto en cielo, que rendido no tuvo más remedio que disponerse a ser tocado.



Quise enredarme en ti como último remedio para la soledad. Simplemente porque existes, porque la solidez de tu deambular me parece inconmovible. Si tus ojos no fueran ventanas abiertas, si por algún motivo me hubiera tocado verlos cerrados, mi infinita caída al abismo continuaría en este momento y para siempre. Me aferro a tus cabellos porque están en todas partes, envolviéndome cada paso con un color, una textura, un olor completamente diferente. Adherirme a tu piel morena, a tu piel blanca, casi transparente, a tu piel tibia, helada a veces, hirviendo otras, es advertir que yo mismo no tengo una piel en espera de ser notada, desgarrada en busca de sangre que muestre vida. Realizo viajes por tu pecho siempre perfecto, en ese tan diminuto que pareciera desaparecer por momentos, en ese que se desborda inabarcable o en el que temeroso tras asomarse a la novedad ha decidido permanecer escondido, para saberme descubridor de algo, aunque haya sido mil veces descubierto antes. Porque no hay rincón, no hay instante en el que no me aguardes, en el que tu presencia no me sacuda. Dueña del tiempo, abrigo la esperanza de algún día comprenderte antes de verme desaparecido, por lo que mis relatos no hacen más que dibujarte; por más que trato no encuentro para ti una explicación. Sé que sin ti, sin saber de ti, este espacio estaría enmarcado por melancólicas limitaciones. Tu estar pone en peligro mi perpetua sensación de desvanecimiento, y porque vives, sólo por eso, he dedicado mi breve tiempo a contemplarte, deslumbrado.



Aunque a veces resulte tan difícil aceptarlo, no queda sino darse cuenta de cuánto podemos desgastarnos. Suele costarme unos minutos entender que ya no soy yo quien me mira desde el plano universo de una fotografía (pues en algunas fui yo mismo el fotógrafo) sino un mísero recuerdo, una manera de verme que ya no existe, que murió en el mismo instante del clic fatal del obturador. Aquellas imágenes mostraban a otra persona, una que aún tenía ganas de posar (porque no hay una sola en la que se me haya captado sin que lo supiera, y si la hubo la hice desaparecer, seguramente porque me pareció inaceptable). Como sea, al sujeto de las fotografías le sobraban menos cosas que a mi. No tenía tantas canas que lamentar, era infinitamente más liviano, y seguramente al ponerse frente al espejo no tenía ganas de verse como era antes. En el camino he dejado fuerzas y ánimos, cosas que antes hacía y hoy serían una curiosidad revolucionaria. De entrada, ya no trato de aparecer en las fotografías, ni subo montañas, ni bebo en las banquetas, ni viajo ni descubro nada ni tengo la curiosidad que solía moverme hacia fuera, hacia el mundo. Me he desgastado tanto que ahora vivo encerrado, y lo que aprendo lo hago porque alguien más lo hizo antes y se atrevió a escribirlo (y yo a darle crédito irrestricto). No me da miedo ser lo que actualmente soy, pero me da curiosidad saber lo que pude llegar a ser.



Voy de regreso a las nubes, , voy al reencuentro de algo que dejé mucho tiempo atrás. Un lugar en el que corren infinitas corrientes de agua, donde los árboles, las rocas y el lodo tal vez me recuerden. Ahí dejé algunas de mis primeras huellas y desenterré mis piedras, largamente olvidadas. Vuelvo al lugar, , donde el viento me dejó helado mirando el blanco infinito. En lo alto de esa montaña y a un lado de los volcanes, tan cerca que casi podía tocarlos, pasé fríos y calores inauditos. Observé el amanecer con más conciencia que nunca antes. Aquel incendio de las montañas, , que no fue para nadie más. O tal vez lo fue, pero no me importa, porque yo tuve la suerte de mirarlo segundo a segundo, sin interrupción. A mis pies, y a 4125 metros de altura, ardía con lentitud una fogata y su ruido era el único en la madrugada. A mis espaldas, muy a lo lejos, un lago casi extinto, y a sus orillas un pequeño laberinto de luces. El sol se levantaba calmadamente, pintándolo todo de rojo y amarillo. Con mi piedra horadada, que encontré gracias a la ayuda de un dios olvidado, el camino de regreso a la realidad fue mucho más sencillo, como si a través del agujero que la atravesaba pudiera observarse el mundo de otra manera. Voy de regreso a buscar otros quinientos años perdidos, más agujeros verdes que colgarme al cuello, , para averiguar si una nueva piedra es capaz de acercarme a ti, a la primera, que te pedí llevar tras los mares.



Lamento decir que ya no estoy. Que me he olvidado y conmigo han desaparecido infinidad de cosas. Que no puedo reconocirme en el pasado y que ignoro lo que en adelante deberé ser. Ahora soy como un entierro invidente y sordo sin ánimos de levantarse. He puesto sobre mi una pesada lápida, asegurándome que ni yo mismo seré capaz de conmovérsela una vez encima de mis restos. Soy parte de un temor *medieval* a dejar algo libre de mí, que aun muerto pueda salir y rondar los espacios en que solía moverme. Lo que era espantaba; lo que quede deberá carecer de esa libertad para hacer daño, deberá ser condenado al olvido. Varias veces estamos cerca de la muerte sin que ésta llegue a acariciarnos. Muchas veces logramos esquivarla sin darnos cuenta o nos quedamos impávidos ante la advertencia, sintiéndonos eternos. Ahora lo soy, hundido en la tierra que he acumulado alrededor de mi cuerpo. Vivo, pero ya no estoy. Ando, pero no voy a ninguna parte. Hablo, pero ya no espero, ya no deseo ser escuchado ni leído, ni siquiera recordado, ni siquiera imaginado. Mi silencio y mi invisibilidad son decididas; no habrá respuesta posible, y de haberla, sólo será escuchada por mí. Espero la caída del polvo y de la arena transportada por la indecisa eternidad. Espero tu recuerdo, , para darle también silencio. Así sabrás que no hay retorno, que no hay ni hubo posibles, y hallarás libertad.



33, sí, treinta y tres y sigo esperando por mis captores, por mis verdugos, por aquel que deba venir a clavarme y robarme el último respiro. A un lado yace Dios, a quien he abandonado no sin dudas, y rodeándolo están los que he visto desaparecer, vivos y muertos. Tengo razones para voltear continuamente hacia la izquierda, por si acaso tengo la suerte de predecir algo. Estoy envejeciendo muy lentamente y he dejado ir tantas cosas que no terminé de disfrutar. Me quedan imágenes guardadas, pero no voces. Me restan sensaciones en la punta de los dedos, pero no olores; el recuerdo del olor sólo se tiene en cercanía de lo recordado, y como los olores, aquellos a quienes he dejado ir sólo serán recordados si osan volver. A Dios nunca pude sentirlo. Siempre creí que era lo correcto, y que de existir, sólo se le podría ver a través de su creación. Treinta y tres años de un Dios sordo y manco han causado que hoy sea solamente otro cachivache en el ático de lo que dejo. No lo creo capaz de enfurecerse ni de tomar venganza; esos tiempos han pasado y él parece estar arrepentido de lo que fue. A los treinta y tres no he podido aún salvar a nadie, y por el contrario, a cuántos he perdido. Ese es el poder que me fue otorgado al nacer, cuando me marcaron con el hierro de la soledad. Y hoy, a la espera de la ruptura de los sellos que no llega, siento que nunca hubo misión y que tampoco podré salvarme. Tal vez yo mismo he sido mi captor.



Si las cosas fueran como en el cine tal vez habría una oportunidad de echarle la culpa a alguien de todo lo que sucede. Y seríamos omniscientes espectadores de nosotros mismos, seguramente los buenos, víctimas de las circunstancias o de alguien que sin conocernos quiso trazarnos un destino caprichoso e invariable. Tendríamos *Némesis* y un amor coincidente, fortuito y a prueba de todo. Seríamos también predecibles en extremo, y ya sin emoción alguna sabríamos atenernos al inalterable porvenir. Actuaríamos nuestros papeles sin quejas, sabiendo que de no hacerlo, o de no resultar convincentes, no quedaría sino la muerte, o más malo todavía, la desaparición. Si las cosas fueran como en el cine necesitaría un plano muy corto para poder adivinar tus más profundos sentimientos, además de un previo plano largo para poder saber en dónde estoy, en dónde estamos. Pero nada es como en la pantalla, pues aquí afuera el responsable de lo que pasa no puede ser otro que yo, y resulta vano buscar a ese supuesto alguien que ha decidido bloquearme el camino o robarme lo que me pertenece. Para saber lo que piensas debo preguntar, y para ello, acercarme. Y no. Esto es tan sólo una carta y ni soñando puedo ya hacerla moverse.



Justo como el calor solsticial de diciembre, como un encierro de cristal en medio del desierto, un paseo *infra crateris*, una hoguera inquisitorial inextinguible, un recorrido de las calderas pelágicas, la circunnavegación de una corona estelar, el cruce obligado de los círculos del Hades, el descubrimiento de los *calida fornax*, la flotación sobre un flujo ígneo vomitado por la sima, una probada de la ira vertida sobre Gomorra, una supernova, una vaporizadora reacción en cadena, una cámara de limpieza en Theresienstadt, un caldero de aceite volcándose desde las almenas, un prohibido lanzallamas, una lluvia de napalm en los caminos al exilio, el martilleo incesante en una forja, la droga de la verdad recorriendo las venas de un mudo, parte del final predicho en Fátima, el suplicio de San Lorenzo, un mar de ortigas, un colapso explosivo de la luz, un choque eléctrico, la furia de un Osiris réprobo, la caída del meteoro primordial, mil cauterios enrojados, el hierro ardiente en espaldas y frentes, un eterno paso cenital, un baño sulfúrico, un alma olvidada en Mercurio, un espíritu enamorado, un resplandor ecuatorial, *Sol Justitiae*, las bodas químicas, una parlante columna de fuego, la salamandra superviviente, el atanor, el descenso de Jesús a los abismos, la flama persistente de un bautismo obligado, una combustión espontánea y solitaria, un enjambre de abejas enardecidas, la fusión final con el Águila, la esquivia Quintaesencia. Un calor abrasador, de ignorancia, como una tea, ha comenzado lentamente a consumirme.



Hay algo de premonitorio en la forma en que lees esto, , y que ya no lucho por detener. Principalmente, el problema es que llegó a tus manos, a tus ojos, demasiado tarde. Sí, porque tardé demasiado y porque probablemente todo se ha corrompido ya, harto de tanto silencio. Tardó tanto porque comencé a dejar de tener prisa; el paso de aquellos meses de pronto se convirtió en el paso de los años, acabando con mi esperanza. Y por esta inmensa división planteada por los mares, antes presumiblemente saltables, me soy cuenta de que nunca sabré en realidad lo que era una noche. Hay ciudades que no conozco que sí lo saben. Camas y cuartuchos y habitaciones con ventanas y macetas que sí lo saben. Calles, monumentos y playas que sí lo saben. Yo no. Yo sólo pude probarla y luego sentí miedo de bebérmela por completo. Nunca sabré, por tanto, lo que era esa paz que se asomaba, triste, en tus ojos. Nunca sabré si era capaz de sanar tu cuerpo herido. Lo que tus manos predicen al sentir estas letras difícilmente podrá ser cambiado. Nos vimos ahogar lentamente, desaparecer bajo las ondas; nuestras voces se fueron acallando hasta ser sólo burbujas desesperadas. Estamos perdidos, , y es necesario saberlo.



Unas cuantas gotas aferradas al techo, y debajo, una garganta de cristal abierta y amenazadora. El aire escasea, se mueve difusamente a la par de ese cuerpo que yace en el suelo. Los ojos del cuerpo miran hacia el diminuto ojo de buey que alguien colocó en la parte más alta de la pared izquierda. Sinistra, por tanto, era la poca luz que captaban, apenas suficiente para delinear, a la derecha, la helada cama de latón y el buró con una lámpara. En las paredes, aun cuando no se ve, reptan un moho que bien pudiera ser verde o azul. Las paredes algo están tratando de decir, de insinuar, pero gana siempre lo inaudible y ni el andar de las sabandijas que él ha inventado tiene la fuerza suficiente para cambiarlo. Las lágrimas del cielo están también por ahí, quizás en un intento por unificarse, por reconstruirse y cobrar forma. Es este intento el que las hace subir lastimosamente por los lados exteriores de una botella y después lanzarse por la boca al fondo de ella. Algunas de esas gotas brincan desde ahí, con fortaleza inaudita, hasta el techo, al que se unen habilidosamente, sin romper el silencio, para seguir su camino entre las grietas de las vigas y finalmente alcanzar el exterior para dar el salto final e incomprensible hacia las nubes grises. El cuerpo ahora se ha levantado y se le ve de pie en la penumbra mientras observa al débil rayo de luz del ojo de buey tomar fuerza y retraerse lentamente hasta escapar por completo de la habitación. El cuerpo da uno, dos pasos hacia atrás; lo hace con suma torpeza, y sus manos, de raro movimiento, dejan de asir su cabeza. Un tercer paso le hace caer sentado en la cama. El cuerpo entonces

se recuesta súbitamente y cierra los ojos. La noche quiere comenzar, así que el cuerpo extiende un brazo, una mano, dos dedos, y enciende la luz.



Cuánto tiempo real de nuestras vidas dedicamos a mirar las estrellas. Muy poco. Es como si hubiéramos perdido la capacidad de voltear hacia arriba, perdidas las ganas de asombrarnos, embobados en las luces que nos jactamos de haber creado, infinitamente más mortecinas y fugaces. Allá arriba solían esperarnos zoologías completas, utensilios, dioses y moradas. Nos hemos contentado con el pasado y lo que otros pusieron ahí para ser reconocido. Que se sepa, ya nadie busca entre la negrura del cielo nuevas siluetas e identidades. No hemos querido crear o renombrar las constelaciones ni aunque ya no signifiquen nada en nuestros códigos; mucho menos, a pesar de nuevos instrumentos, hemos deseado descubrir y heredar otras ideas que nos darían un nombre en el éter. No miramos más hacia el cielo, y de hacerlo, es con suma indiferencia. Millones de estrellas fugaces se han quedado sin cumplir deseos, decenas de cometas han sido apagados por las ciudades, donde se mueven seres cuya perspectiva se reduce al abajo y al frente. Los viajes fuera de la atmósfera ya no conmueven a nadie, convertidos en una obligación de la cultura y la tecnología. Todo en las estrellas es ficción. Misterio. Ni siquiera notamos que el sol sale por un lugar diferente del horizonte cada día, y

para colmo nos cubrimos de él con lentes oscuros. Hay auroras australes sólo disfrutadas por pingüinos y pasos de Venus, de la mañana a la tarde, que sólo sirven para tratar de explicar el pasado. Estamos quedándonos ciegos y al mismo tiempo repelemos la penumbra. ¿Qué hacer, si ya no quedan ojos para la noche? Tal vez le aguarde el mismo destino de lo que no se ve: la inexistencia, el ardor del sinsentido, la esfericidad de la ignorancia. Todo apunta a que lo terreno tendrá un largo período de reinado en el que dejemos de preguntar qué somos.



Felizmente, he pecado mucho. En cada ocasión que se ha presentado he aprovechado la oportunidad. Pequé para ver si alguien me castigaba, y me quedé esperando. Transgredí para oír la voz de la prohibición, y al oírla permanecí incrédulo. Me hice males, me experimenté en otros, y a cambio recibí sólo beneficios y placeres. Pocas ocasiones tuve de arrepentirme, creyendo estar pagando un precio. Cada día me convence más la idea de que pecar está prohibido para evitar que todos salgamos ganando. En el pecado hallé felicidad y goce infinitos; en la aventura de lo escondido, de lo retador, un impulso para cada día. Descubrí, pecando, el placer que algunos obedientes se negaron a costa de su propia conciencia. El pecado me hizo libre de alguna forma, invitándome a conocer mis límites y mis potenciales. Hubo un disfrute pleno cada vez, que nacido del peligro me impulsó cada vez a ir más

lejos, procurando, eso sí, no dar sufrimiento a nadie. En esto el pecado me falló más de una vez, y deseo decir que lo hice sin conciencia; el pecado me salía ya como cualquier cosa buena y no tuve motivos para detenerlo. Era un pecado remiso que no quería ser pecado. Dejé de creer, y eso fue pecar; omití a conveniencia, y pequé; fui blasfemo y desafiante y me convertí en proscrito. No di más crédito al demonio, y no faltó quien pensara en mí como su seguidor. Pecar se volvió costumbre y pronto noté que todos pecan aunque no se atrevan a aceptarlo, tal vez temiendo las llamas o la perdición, tal vez sólo olvidando que son seres falibles. Bien y mal sólo existen porque alguien lo creyó conveniente; pecar debería ser el más sublime de los actos personales, y su difusión, innecesaria. Si digo mis pecados, habrá sin duda quien quiera reproducirlos, y entonces, sin quererlo, estaré pecando de nuevo. ¿Pecaré al dudar que un pecador conciba la felicidad sabiéndose perverso?



Resulta que al caminar por la calle tropecé con una hendidura, y al caer, además de torcerme el tobillo de una forma escandalosa, vi de pronto la luz. La había estado buscando por todos los lugares posibles, y para ello tuve que recorrer bosques en mitad de la noche, ver conejos de piedra y enfrentar vientos helados que me rasgaron la cara. Pero de la luz, nada. Otras veces sentí también dolor y fui presa del ridículo del caído, pero lo único que conseguía,

tal vez por no estar buscando, eran desviaciones en la columna o una súbita incapacidad para respirar; fuera del miedo y el casi no poder responder a mis propios pasos, nada conseguí. Tanteé la punta de las montañas y las bases de los arrecifes, resbalé por la pendiente ceniza de una barranca al borde de un volcán y casi supe lo que era morir de sed rodeado de agua. Aprendí a controlar el temor a desaparecer por completo frente a las miradas de asombro de otros y a andar a tientas por las cavernas con la seguridad de que el llanto de nada servía, pero ni al encontrar la salida, con los ojos lastimados por la intensa claridad, tuve la certeza de estar viendo la luz. Sin éxito, pues, en la geografía terrena, seguí buscando en los innumerables cuerpos que la habitaban. Algunos los invadí con palabras, los más. Otros me encontraron a mi y pronto me abandonaron, hartos de mi ceguera, porque algo veían. Todos tenían algo con qué mostrarme el camino, pero también se consideraban perdidos o pensaban que yo podría ayudarles, y la suma de dos o más pérdidas, qué duda cabe, apenas alcanza para sobrevivir. Busqué, finalmente, en las letras, ajenas y propias. El camino hasta entonces parecía no terminar nunca, pero persistí. Se me murieron en ello los ojos y las horas de sueño, hundidas y solas en una profunda oscuridad. Hacía falta tan sólo un minúsculo tropiezo y su dolor repentino enmarcado por la risa de mi mismo, una carcajada ahogándose entre mis lágrimas de dolor y de vergüenza, para saber que yo no era ni soy nadie y que ni siquiera existía. La luz, tal vez mi única pertenencia, había

asomado mil veces en la soledad sin darme cuenta, pero ahí en el suelo, solo y anulado por todo lo que yo creía ser, quedé deslumbrado.



Lo que yo he querido siempre es saber si el recuerdo de sus labios, traído de miles de sueños, se parece en realidad a su boca, que el tiempo y la distancia me han negado; revivir cada uno de esos instantes y comprender que habría sido imposible equivocarme tantas veces. Lo que yo deseo es surcar sus mares agitados, sentir la profundidad de sus temblores y hallar el lugar donde se inician, para ver si logro recrearlos de nuevo y tratar, así, de que su piel grite y se estremezca sin control. Lo que he imaginado es a qué sabrán nuestros cuerpos juntos, dormidos después de tanto estar despiertos; si su roce tendrá la fuerza para hacerles saber que no les queda otra opción más que entregarse, y si su pecho y el mío se reconocerán, intuyendo que la espera ha terminado. Lo que yo deseo es averiguar si sus ojos serán los mismos una vez que estén cerca, tan cerca que noten que también se besan como las bocas que ligeramente más abajo hace rato que se han fusionado y se debaten en la lenta batalla que termina en el ahogo acordado. He intuido vagamente el ruido que harían nuestras pieles encontrándose tras todo este tiempo perdidas, y por ello sé que no estaremos soñando. Estos simples deseos son lo que me queda, y tras toda esta espera ya no me parece justo tener que despertar.



Normalmente uno no puede morir de aburrimiento, qué impensable, pero en un caso extremo se pueden alcanzar sensaciones semejantes. En cierto momento de la desocupación vienen con claridad a la mente mil y una obligaciones postergadas y hasta pasatiempos para los cuales siempre habrá una buena fórmula de aplazamiento. Estar aburrido es una especie de dolor, una ausencia de ideas que pude incluso robar la fuerza. Habría que hacer un estudio de por qué el aburrimiento mata las ganas de hacer lo que acabaría con él. Uno se aburre hasta de dormir, pues se sabe que nada se consigue sino un despertar a lo cotidiano. En la aburrición no hay entretenimiento posible; todo sabe repetido, estéril o carente de sentido. Tal vez ese sea un buen momento para aceptar que se está aburrido de uno mismo y que ni siquiera queda voluntad para acabar con ese sentimiento de detención. El tiempo del aburrimiento es al mismo tiempo eterno y deforme; sin dueño, pasa parsimonioso y antiguo, portador de su propio germen de contagio. Flota en el aire de esta y de todas las ciudades. Se asoma en los medios y deshonra los placeres de la vida diaria, siempre al acecho, como un asesino que tras la emboscada, y aun antes, consume a sus víctimas. Me siento aburrido, , hasta la muerte, dejando que mi mente se arrastre sin pensarlo. No sé bien lo que escribo y siento un miedo genuino a lo peor: a adquirir el poder de aburrir.



Después de azotarlo todo, se fueron las lluvias. Quedaron apenas algunas ventiscas completamente secas y frías. Las ventanas nunca fueron más inservibles. Sin gotas que cayeran se fue por tierra la teoría de que esa misma agua podría haber venido de muy lejos, o que incluso en algún momento hubiera tenido la oportunidad de habitar tu cuerpo. Tampoco quedó mucho de aquella ilusión que me causaba salir a las calles y mirar a todas partes, entre los charcos y el follaje de los árboles, a ver si te encontraba. Cada gota, de sabor diferente, me hablaba de sus antiguos depósitos, y viéndolas caer con los ojos entrecerrados, aparecían cada una de un color distinto, a veces el tuyo.

, estás en todas partes y no parece haber una manera de volverte a armar. Al irse la lluvia sobrevino el encierro, y por tanto la pérdida de voluntad. Cuando llovía era más sencillo recordarte, porque de alguna manera el mundo se llenaba de una sensación de destrucción. Con el aire roto y los diminutos mares reflejándote era más fácil guiar mis pasos. Entonces cada luminaria en la calle era un faro y cada nube difusa una dirección. Hasta las piedras hablaban, y cada amanecer pintando canas tenía asomos de eternidad. El cielo vacío que dejaron las tormentas es ahora un silencio luminoso y mortal que nada puede callar. En cada rincón seco y sobresaltado se revuelve la ausencia de nuestros escasos pasos juntos, y cada espacio tocado

por este sol indeciso no hace más que elevarse lentamente al olvido. Mueren de sed los años y los días.



Parece lógico pensar que en un día próximo no habrá ya más carteros. Que un día dejarán de salir a las calles y en cambio se quedarán, derrotados, en un sillón de sus casas mirando sólo paredes sin número. Probablemente abandonen ellos mismos sus trabajos, cansados de entregar sólo revistas, cuentas y sobres rotulados. Hoy las cartas las escriben máquinas y son firmadas por imprentas sin voluntad que nos dan noticias de los desconocidos. Puede también suceder que el cartero ya no tenga qué hacer y sea despedido. Que sus rutas vean agotarse los envíos y no puedan mantenerse un día más. Porque hoy vemos la llegada de una carta manuscrita como algo digno de extrañeza, una suerte de milagro, jamás pedido. Lo cierto es que el hombre está dejando de escribir y la correspondencia ha comenzado a poner cara de reliquia. La narración de viajes ha dado paso a una nueva era de imágenes que ya no nos permiten hablar, pues cuentan por sí mismas, pretendidamente, cada detalle. Tal vez ha llegado la hora en que un niño, un joven, desconozca la razón por la que un sobre lleva pegada una estampilla o lo que movió a algún loco a llenar papeles de palabras difíciles de leer. Otros verán como algo estrafalario al hombre uniformado que lleva una mochila de cuero a las espaldas o en la canastilla de una arcaica bicicleta. Me

gusta creer, sin embargo, que habrá quien extrañe a un cartero. Que quizás, en medio de la soledad, se sentará a esperarlo en la puerta de su casa o acodado en alguna ventana, aguzando el oído en busca de su silbato. Acaso espere saber de un alguien que prometió escribirle. Quién sabe si sólo desee saberse recordado.



Insospechable, inaudito, inhóspito, inmortal, inocuo, inmóvil, insoluble, inequívoco, insano, inerte, insoportable, inoportuno, indeseable, incapaz, insostenible, impávido, inocente, indiferente, impostergable, incierto, includible, impropio, infatigable, inodoro, imparcial, inimaginable, inmoderado, invisible, impotente, inalcanzable, incansable, indescriptible, inánime, inadecuado, imposible, inquieto, inadaptable, inconcebible, inestable, inasible, incrédulo, inactivo, intolerable, inconsecuente, insufrible, imperturbable, indomable, impreciso, intachable, imprevisible, insustituible, inextinguible, indiferente, inastillable, incauto, impaciente, inviable, inmejorable, inmanejable, incomprensible, inválido, inseguro, inmaduro, irreconstruible, irreconocible, irrelevante, impalpable, irrestricto, irresponsable, irracional, incompetente, infalible, inepto, irreconciliable, incomible, inverosímil, infeliz, irredento, inaudible, inestimable, intranquilizante, imberbe, infame, impensable, inmemorial, insosegable, ilícito, impúber, invariable, irrepetible, imponderable,

invaluable, inflamable, impasible, inmasticable, inquebrantable, irrespirable, insumergible, innavegable, inaplazable, indelegable, insaboro, insaciable, inexacto, inoxidable, impenetrable, inhábil, irreverente, intransitable, ilógico, inusual, imperdible, incoherente, insatisfecho, informe, irreparable, impío, impráctico, incalculable, impersonal, inolvidable, incuantificable, inhundible, inalienable, insensible, incómodo, increíble, indefinido, inmarcesible, inescalable, indescifrable, impoluto, intocable, insalubre e irrescatable.

Cuántas cosas se pueden negar sin decir No.



Creo que ya no existe la navidad, y por fortuna supe que lo dijo alguien más. Sí, no soy el único que lo piensa o lo percibe. Al igual que casi todas las fiestas cristianas ha dejado de significar algo. Yo no sé realmente si es una cuestión de haber crecido, o de haberse amargado, de incredulidad o de simple desmemoria; el caso es que la navidad se ha muerto. Sólo hace falta un poco de atención para ver que los rostros han cambiado y que su proximidad es una molestia que ni regalando, ni siendo regalado, se alivia. Es un tiempo de visitas forzadas y deseos vacíos en donde nadie recuerda un objetivo original. Por momentos se disfraza de reunión y felicidad, pero pronto se revela como una bonita farsa. Tal vez sólo debiéramos felicitarnos mutuamente y llenarnos de tiernos abrazos, recordando que somos iguales y que alguna vez un Dios

perverso tuvo la intención de hacerse más conocido, más bueno, y decidió nacer en este mundo intrigante y necio para habitar entre nosotros. Porque se supone que eso es lo que festejamos, aunque a nadie le importe más que recibir un obsequio que equilibre lo que ha gastado, rompiéndose la cabeza para quedar bien. ¿Qué queda de esa original pobreza con que, según nos han dicho, vino Dios al mundo? Una fiesta en la que todos se adoran, comen hasta hartarse, beben hasta enamorarse de nuevo, se perdonan por un rato –qué dirían los demás si no– y se endeudan hasta lo imposible para aparentar prosperidad. Las fiestas cristianas nos sirven para vacacionar y fugarnos. Vuelan los corchos y nacen infinidad de treguas, y con ello pretendemos mostrar el corazón. En pocas palabras, la navidad sirve para comprar tiempo. Es el día de olvidar malos gestos y recordar que tenemos familia. Las líneas telefónicas se bloquean en las ciudades y por todos lados se escuchan las mismas, gastadas y huecas fórmulas; en un momento, a la media noche, de pronto el mundo parece detenerse. Si ese es el milagro de la navidad, habríamos de sentir un poco de vergüenza: es falso y preconcebido, además de predecible. No debo ser el único, tampoco, que crea que si Dios pudiera ver este remedo de remembranza y falsa opulencia, pediría que volvieran a crucificarlo. Claro, él que vivió una existencia austera, que no tenía dónde reclinar la cabeza y que recordará haber nacido entre paja y animales, por cierto no en diciembre. En diciembre eran las bacanales romanas, muy aptas para ser sustituidas por tan significativo evento cristiano. En

realidad no nos cansamos de ser paganos, y por una noche podemos decir que somos buenos y desbordamos felicidad. Después todo volverá a ser lo que antes y nadie podrá exigirnos nada, ni tendremos que pensar en cómo ser agradables. Y aunque parezca paradójico, nos sentiremos a esperar un nuevo festejo y descanso, sólo que entonces estaremos celebrando la muerte de ese niño que había nacido. Si nos salvó o no, qué importa; estamos vivos. Vivos para comenzar a preocuparnos en cómo pasaremos la lejana y a la vez cercana navidad, que nos es recordada casi tres meses antes de que suceda. Estaremos pensando qué obsequiar para volver a ser generosos, de ser posible más que el año pasado, y en la cantidad, grande o pequeña, de cosas despreciables y lindamente envueltas que nos darán, mismas que por educación tendremos que celebrar con una enorme sonrisa de satisfacción mientras Dios se muere de soledad rodeado de figuras cerámicas en un rincón de la casa.



A manera de variación, debo decir que tengo más recuerdos buenos que malos. No me paso la vida transitando entre problemas y tristezas. Claro, estas últimas son muchas, pero una vida sin ellas podría ser aún más devastadora. Son muchos los cielos que he contemplado y más las flores a las que les he arrebatado la vida y el color para guardarlas para la eternidad. Me han tocado y me han atravesado, y las lágrimas de esos

encuentros han sido mayormente de felicidad. A veces hasta las de tu lejanía, , encuentran un buen camino. Cuando me encontraste yo no sabía que la luz pudiera tomar la forma de algo tan misterioso, y en ese misterio encontré (también) que yo podía ayudar a ver el mundo como lo hacías tú. Tuve miedo y sin embargo me dejé llevar. Fueron tantos los lugares que no pude mostrarte, la música que no pude compartirtte, los instantes que tuve que dejar por mi necesidad de volver corriendo; demasiados, como las oportunidades de tomarte y volar. Hoy todo suena a lamento pero en el fondo sé que no lo es. Nada del pasado es lamentable y el presente es algo que, por difuso, tampoco puede inquietar. Nuevamente queda descartado el hubiera, y por eso me quedan sólo cosas buenas de nosotros. Quisiera darme cuenta de lo poco que aún tengo y entonces dejarte libre, porque creo que ya nos desconocemos, ya no vemos más que el cambio de cada uno, y desde hace meses éstos han tomado un curso diferente que ya nada tiene que ver con los mares de distancia ni con los deseos frustrados. Pusiste una guía de flores para mi y no supe seguirla. Han pasado las estaciones y no sabemos a dónde miramos. Me doy cuenta de que hasta el más hermoso de los recuerdos, , puede ser triste. Tal vez sólo yo lo sienta.



Cada objeto, cada rostro desconocido, es una novela que nadie ha querido escribir. Somos escritores y no lo

sabemos, pues de otra manera el mundo no tendría espacio suficiente para tantos libros, que no se escriben por pura desidia o falta de curiosidad. ¿Por qué llora una niña? ¿Qué es lo que mira fijamente un anciano, sentado en la misma banca de siempre, en el mismo parque? Si el agua de una fuente tuviera una pluma, ¿qué cosas contaría, qué historias habrá visto en su continuo subir, bajar, evaporarse o verdecer? Un gato muerto en la carretera debió tener un atropellador, y también una última mirada; tal vez alguien tuvo el privilegio de captarla, de compartirla. Toda vida, _____, es un libro que se escribe con la tinta invisible del viento. Sus páginas han ido a mil lugares y a veces nos golpean la cara, llenándonos de ideas, de escenas que creemos haber visto o estar imaginando. No somos en realidad creadores de nada, pero heredamos novelas y otros fragmentos que con suerte alguien desarrollará en el futuro. La huella que dejemos en el lodo puede que no la vea nadie en un millón de años, pero cuando esto pase tal vez sea causa de una resurrección ficticia, novelada; alguien podría volvernos a hacer caminar, con una vida completamente diferente, otro rostro, otra época, y levantarnos de nuestras tumbas. Imagina, _____, lo que habrán podido pasar nuestros cuerpos, enterrados y pisoteados, robados, cambiados de lugar, olvidados; o convertidos en cenizas, quizás en la punta de algún monte, viajando en la cresta del aire sin rumbo o cruzando los océanos sobre ciertas olas caritativas. Las piedras que logremos ver en nuestras vidas, el mosquito que se lleva un poco de sangre y nos deja a

cambio alguna enfermedad incurable, las flores que recibamos, demos o cortemos, las calles atestadas, los callejones vacíos, los asientos de avión, las separaciones que ellos implican, el polvo de cada lugar no visitado. Todos podrían ser personajes de novela. Hará falta solamente quien deseé volcarla en sus papeles, en su búsqueda de inmortalidad. Y nunca sabremos quién ha sido escogido ni qué nombre tendrá su personaje, y esto es sin duda una gran fortuna. Que se extingan si es necesario nuestros nombres, que eran ya una novela de por sí, y den vida a lo inexistente. Quién sabe si, a pesar de todo, ser parte de un escrito sea la única manera de perdurar, de ser vuelto a la vida cada vez que unos ojos lo recorran. Nos escribimos, , ya lo ves, sin temerlo ni saberlo. ¿Quién podría negarnos la posibilidad de estar juntos algún día? Pregunto, y la respuesta, con casi toda la seguridad del mundo, es sólo una de infinitas novelas posibles.



Hay que aprender a no ser tan crédulos. Cuántas veces habré preguntado, de todas las forma posibles, y recibido siempre la misma respuesta negativa. Cientos. Olvidé que cuando alguien ha cometido una tontería la primera de todas las reglas es negarla aunque en ello se vaya la vida. Porque lo que uno no se puede permitir es ser incongruente, y de esa forma una mentira que se precie de ser buena debe ser mantenida hasta las últimas

consecuencias. Supongo que dejar caer una mentira construida es una enorme muestra de debilidad, una irreparable pérdida de poder. Incluido en todo esto está también la desaparición de pruebas. No hacerlo es una muestra de estupidez; no es posible sostener una mentira si existe algo que pueda probar lo contrario. Sé, como se ve, toda la teoría necesaria para hacer de una mentira una verdad. Y aun así caí en una, mil veces repetida. Se cae en una mentira por amor o por comodidad. Hace tiempo que tengo claro que lo mío fue lo segundo. Tuve en mis manos pruebas que, a pesar de ser absolutamente fehacientes, no quise o no pude valorar y utilizar. Di una segunda oportunidad y con eso perdí la libertad. Quise ser crédulo y sólo conseguí perder toda mi fuerza. Hoy aquellas pruebas que no pude usar están por escrito y tienen una claridad contundente. Quiero usarlas y dar todo por terminado, pues al parecer nunca me di cuenta de la farsa en que vivo. El incrédulo cedió por mucho tiempo, pero aprendió algo: la credulidad tiene fuerza para matar.



Raíces de tiempos idos lo cubren todo. Es una torre desierta, rota, apenas visible. Ente su piedras caídas podrían leerse mensajes incompletos lanzados sin misericordia a la eternidad, y donde antes corría un silencioso arroyo hoy sólo se escucha el estruendo de la hojarasca seca. Son, si se quiere, mis ruinas recién descubiertas. En ellas se escucha aún ulular mi nombre,

que a fuerza de no ser escuchado por nadie, tampoco existe. En algún lugar bajo la viguería que colapsó hace centenares de años yace mi cuerpo, primero herido y después muerto. La torre se levanta hacia el infinito que soñé tan cerca, y las escaleras laceradas todavía conducen a él. Es en este entorno olvidado que te espero. Donde hasta el moho se ha secado y la dureza de las piedras guardan el secreto. Oí mil veces resonar tus pasos en las baldosas grises; caminaban con cautela y ansia, pero no pude dirigirles la palabra. Mis ruinas se dedicaron a admirarte simplemente como si esperaran de un momento a otro la explosión creadora, resucitadora, que les permitiera acariciarte también. Pero seguí muerto y desmoronándome, cubriéndome de mi propio polvo de erosión, hasta que te fuiste, aunque yo no lo creyera, para siempre.



Un libro comienza a terminarse justo en el momento en que se desata la tormenta. Está vivo y ha servido para hablar de lo que debe callarse. Es el regalo a un regalo, está hecho por más de uno; soporte y contenido. Las letras en él escurren y al mismo tiempo logran sostenerse, como la gota en la corteza de un árbol, como la sangre en un cuerpo cansado. Faltarían en él infinitas palabras y posibilidades, y aun así en él ha cambiado todo. Años que sólo debieron ser meses, vuelcos de alegría, mares de tristeza. Lunas (*los mares de la Luna fueron de lágrimas*),

vientos, naufragios y recuerdos sacados de la penumbra. Es un libro hecho a la medida de las escasas posibilidades, un fragmento de ardor, pasión y también desencanto. En sus páginas alguien muere repetidamente, alguien que apenas ha sabido llorar, alguien que se niega a hacer correcciones y por tanto se vacía por completo y sin mirar atrás. Cuánta distancia cabe en un pequeño libro sin identidad ni rumbo. Su papel se ahogó en una perpetuidad que esperaba más misericordiosa y más débil. No es más que un libro de ausencias; igual podría estar vacío. Pero está lleno, , para que lo tomes y lo sientas de regreso. Sólo la mudez de estas palabras me pudo abrir el camino para no decir adiós.



Imagina por un momento que no eres lo que siempre creíste ser. Que toda tu confianza en ti, todo lo que creíste correcto y sin necesidad de ajustes es sólo un espejismo. Imagínate yendo a través de los días y los años con una falsa seguridad, una mentira escuchada hasta el hastío, una carga de la que antes te sentías orgulloso. No eres buen amante, ni siquiera a título de suficiencia; dejas vacíos que clamaban estar repletos y eres culpable de ser engañado y abandonado, cambiado por alguien más de quien por desgracia hasta sospechas. Imagina que de un día para otro te has devaluado y toda tu fortaleza ha dejado de existir, al parecer sin remedio. Que tu estar ha dejado de notarse y que duermes solo aun en el más notorio de los

acompañamientos. Imagínate destrozado, inerte y frustrado ante la verdad que asoma a cada momento. Imagina que te has borrado, que te han borrado y que nunca te disfrutaron a pesar de todo lo dicho. Imagina que este descubrimiento te quita las ganas de contrariarlo, convirtiéndote en sombra de lo que querías ser. Piensa en ti como en un muerto presa de su mismo engaño. Imagínalo y trata de seguir viviendo.



No sé, , si existe algo así como una sutura, un zurcido para el alma. Un calmante, un anticuerpo liberador. Y tampoco sé si existe siquiera el alma. Si no fuera así, entonces ¿Qué es lo que duele tan profundamente? ¿Qué es lo que me tiene, vagando y adolorido, y que por no verlo carece de solución? No lo sé. Tal vez en este no saber esté la respuesta, pero es confuso, porque algo se ha partido y hay que armarlo de nuevo. No está bien ser un espectro solamente, pues al parecer ni ellos saben de su propia existencia, y si lo saben no tienen el poder para ponerle remedio. En este momento nada tiene forma. Todo aparece ante mí como la consecuencia de un engaño, simplemente una visión borrosa y hecha a mi medida. Sé que vivo porque no he muerto y porque en ocasiones, en sueños o recuerdos, puedo percibir mis partes aisladas, y cuando alguna de ellas remite al pasado sobreviene el dolor inconsolable. ¿Dónde y cuándo me perdí? ¿A qué hora o en qué momento comencé a

fragmentarme? ¿Son estas partes también espectros que buscan su origen? Cuesta sentirse repartido y no poseer nada; más bien poseído por alguien más. Esto no sería malo si no fuera porque quienes me poseen tienen tan sólo pequeños pedazos, creyendo tenerlo todo, y el miedo que tengo es si ellos acabarán también fragmentados por mi culpa. Si, es un miedo genuino y poderoso a no ser visto y a no saber jamás qué es la solidez.



El misterio más aterrador de las imágenes consiste en que ni siquiera tienen que existir. Las vemos aun cuando tenemos los ojos cerrados, y son la parte más esencial de los sueños. Y como si esto no fuera suficientemente trágico, tenemos la odiosa capacidad de *imaginarlas*. Somos artistas de la imagen, o tal vez sólo sus cautivos, pues no hace falta sino un simple detonador, quizás una palabra, un sonido, una superficie palpable, para poderla experimentar, y en algunos casos, sufrir. Porque hay cosas que no quisiéramos ver, y vemos; momentos en los que no habríamos querido participar, y sin embargo vivimos; situaciones que por haber sucedido a escondidas y lejos de nuestros ojos debían haber desaparecido, pero que la traición de un sentimiento nos obliga a presenciar. Así, el odio es un magnífico motor de la imagen no existente; el rencor, un prodigioso creador; la insana curiosidad, una insaciable asesina. En estas situaciones una maldición a la imagen podría ser muy adecuada. Dudo que alguien goce

viéndose engañado, por demás con detalles por él aportados, en una cama ajena, sabiéndose observador morboso de algo que puede demostrar, pero en ningún caso detallar. La inexistencia de las imágenes pesa mucho más que la más fidedigna de las pruebas. Debíamos maldecir también a la a perversa imaginación.



Cristalino como el alcohol se ve venir al viento. Su sola presencia es pretexto para algunas lágrimas que habían estado guardadas, sólo porque hacían falta sus caricias y su sutil manera de hacer oír lo apartado. De poder respirar alcohol el resultado sería idéntico; un ardor abrasador y desenfrenado. La inconsciencia de uno y lo palpable del otro están llenos de ideas y huecos mantenidos por la fuerza. Señales de que en algún lugar te mueves y respiras, pero que sin rostro pueden ser sólo descifradas por un continuo deseo, el uso inadecuado de la adivinación. Hay en algún lugar del mundo un cielo cristalino en espera de ser compartido en vuelo, en miradas, en terribles cataclismos. Su miedo al colapso es mucho menos al de no ser ocupado finalmente. Hay también en alguna parte un aire jamás respirado que pudiera estar conteniendo magia. Al parecer, lo que falta es aprender a nadar y volar al mismo tiempo, ocupaciones para las que no existen maestros aún, porque la época de los descubrimientos no ha terminado todavía. Creo, por el contrario, que la búsqueda de lo invisible ni siquiera ha comenzado y que

de alguna manera podemos ser pioneros. Habría que tener valor para aceptar que el inmenso vacío cristalino está lleno de cosas que, por ser en ocasiones añoranzas, conocemos. Habría que tener valor para combatir el neciamente forzado desapego y el escepticismo, porque de otra forma acabaremos esfumándonos entre recuerdos, caricias lejanas y lágrimas.



Si por mi fuera, , el cielo sería siempre blanco y el brillo del sol estaría apagado por las nubes. Caminaríamos siempre por calles mojadas y el verde de las montañas sería opacado por una niebla en continuo movimiento. Cuando me fuera posible crearía tormentas y lavaría los cuerpos de la gente con una lluvia pequeña, que no amainara nunca. Así nadie podría distinguir a los que lloran y el fuego se agitaría temeroso de asomarse. Todo estaría reluciente y hasta podríamos escuchar cada uno de nuestros pasos. Tal vez con ello se extinguirían algunos tipos de sorpresa, pero es seguro que estaríamos con los sentidos más alerta; nos buscaríamos con la mirada entre millones de gotas, nos oleríamos a calles de distancia, y finalmente nos tocaríamos, helados, sabiendo que el poco calor disponible sólo sería consecuencia de la fricción de un abrazo, de un beso y de una esperada fusión de nuestros cuerpos. Bajo la lluvia sería mucho más fácil perdernos, para luego hacer grandes descubrimientos. Quizás dejaríamos de usar espejos, pues podríamos vernos en cada charco, en cada

cristal humedecido, y tal vez, ante esta visión distorsionada de nosotros mismos, descubriéramos que tenemos movimiento o que debemos mejorar nuestra apariencia para un posible encuentro fortuito. Si por mi fuera, , no dejaría de llover agua de otros continentes y ciudades y personas. Pero yo sólo digo tonterías.



Qué difíciles pueden resultar las últimas palabras. Hay veces en que hasta la más pequeña despedida cuesta trabajo y uno opta por callar, con la ilusión de que el rostro o los ojos comuniquen lo que las palabras agolpadas en la garganta no pueden. Si se trata de morir, y se tiene la suerte de poder decir algo antes, pensaremos en algo heroico o sublime que alcance a escurrirse entre los labios, aunque resulte que cualquier cosa que salga en ese momento tendría ese valor. Podríamos debatirnos durante meses acerca de la línea final de un libro (si acaso, por ventura, no fue lo primero que escribimos), y si las palabras son para una ruptura, queríamos con ellas aparentar ser menos malos o más duros de lo que somos. Porque las últimas palabras podrían dejarnos un lugar para la historia es que existen los testamentos, llenos de premeditaciones, tal vez préstamos de algún talentoso y experimentado redactor. Las últimas palabras son lapidarias; lo que intentan es golpear. Están asociadas generalmente a las lágrimas, o de ser posible, a la felicidad.

Son un último retrato por el que hubo que sufrir, por el que hubo que devanarse los sesos, pero por fortuna no tienen que ser siempre definitivas. Es sólo que cuestan y se niegan, como con vida propia, a salir, forzándonos a entender que nada durará para siempre.



Vieras que a veces me pregunto, , para qué querría yo tantas noches si te puedo imaginar a ti. Si puedo jugar a edificar páginas o por lo menos una morada dónde encontrarte y ahí verte por unos minutos cada día. El tiempo se está terminando, y también el espacio. Quería que quedara por escrito cómo son las horas en que comienza a llegar la oscuridad y cómo se vive al borde de lo no conservado. De entrada, esas horas son infinitamente más largas y vacías; la comida más insípida, y la plástica, muerta. El recuerdo poco ayuda, , porque tiende a desvanecerse poco a poco. No es que no te tenga fuerzas, es sólo que no encuentra apoyo más que en cosas que no se pueden tocar, pues al parecer, y a veces pienso que por fortuna, dejamos en herencia muy poco material de ese tiempo. Uno de esos materiales es este papel en el que escribo, que desde el primer instante supe que debía volver a las manos que le dieron vida, aunque esta vez con algo dentro. Sus páginas buscaron ser una historia y sólo consiguieron ser noches, asomos de un tiempo, ya pasado, y de otro al que le cuesta ser. Una narración, prácticamente oscura, de la indecisión, de la

certidumbre y hasta del arrepentimiento. Todo aquí habla de alguien a medias vivo que vio pasar los días y no fue capaz de percibir un mundo más allá de lo inmediatamente palpable.

Este ha sido, pues, un libro de la soledad, de lo nocturno y de lo oculto. Viviendo clandestino entre otros libros sin salir jamás a ver la luz, vio pasar los meses y los años entre el polvo, ajeno a todas las miradas, hasta la mía. Ha sido un intento de arquitectura de lo imaginario, y por tanto, a qué dudarlo, producto de una cobardía infinita. Creo que es inútil lamentarlo, porque está hecho. Si es un libro triste, me asumo triste; si parece un diario debo decir que nada está mas lejos de serlo; si se lee como un anecdotario, habría que decir que sólo he vivido en la fantasía; si alguien lo juzgara de extraño, me estaría conociendo, y si viera poesía en él, estaría siendo demasiado benévolo. Este, , es un libro concebido por una lógica estrafalaria y originalmente debía cubrir un espacio aparentemente corto de lejanía. Está lleno de líneas nunca corregidas que hoy suenan a traición, porque en vez de narrarte, de comunicarte, terminó escribiéndome a mi. Es una losa de papel. Y sin embargo no es, ni será nunca, una despedida; de alguna forma eso lo convierte en un libro feliz de saberse vivo y mantener algo vivo, porque tampoco le estuvo permitido el olvido. Está hecho de un papel que se negó a ahogarse y que no paró de recibir ni bajo la fuerza de las tempestades para por fin alcanzar tus manos; tus ojos, , que leen estos párrafos sin fecha y que tal vez intuyen que la distancia

puede ser un espejismo, un lugar en el que el fuego siempre será lo último en desaparecer.

*Acariciarte
deseaban mis palabras
y fueron viento.*

Eres libre de:



copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:



Atribución. Debes reconocer la autoría de la obra en los términos especificados por el propio autor o licenciente.



No comercial. No puedes utilizar esta obra para fines comerciales.



No Derivadas. No está permitido que alteres, transformes o generes una obra derivada a partir de esta obra.

- Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
- alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor
- Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.